

OCTUBRE

ESCRITORES Y ARTISTAS REVOLUCIONARIOS

2

Julio-Agosto, 1933

SUMARIO: Calendario revolucionario: Julio. ¡Uníos contra la guerra imperialista! El país que se enriqueció en la paz, *María T. León*. Los Extranjeros, *Henri Barbusse*. Mi libro «Guerra», *Ludwig Reen*. La iglesia marcha sobre la cuerda floja, *Rafael Alberti*. La guerra química en lo porvenir. Documentos del espionaje internacional. La literatura y la preparación de guerra, *S. Dinamov*. Un organillo empieza a tocar en el patio, *Louis Aragón*. La caballería de Budionny, *V. Vichnevski*. Colonias: Marruecos, *César M. Arconada*. Imán, *Ramón J. Sender*. El juego de los imperialismos en América Latina y Oriente, *Armando Bazán*. Un mitin, *Joaquín Arderius*. ¡España, España sobre todas las cosas! *Peter Stavanger*. Elegía a una fábrica, *Rodrigo Fonseca*. El cine y la preparación de guerra, *Inga*. Encuesta.

Portada: ¡Abajo la guerra imperialista!

Contraportada: La guerra en la aldea,

A. López-Obrero

Madrid

Gráficas Carrozas-Tel. 31416-Madrid



Ayuntamiento de Madrid

Calendario revolucionario

Julio

- | | | |
|----|---|------|
| 1 | Es ejecutado el joven La Barre, acusado de ateísmo por no quitarse el sombrero al paso de una procesión | 1766 |
| 2 | Muere Juan Jacobo Rousseau | 1778 |
| | Primer Congreso de la Internacional Roja de Sindicatos en Moscú | 1921 |
| 3 | Juan Huss es quemado por hereje | 1415 |
| 4 | Declaración de la Independencia de los Estados Unidos | 1776 |
| | Nace Giuseppe Garibaldi | 1807 |
| 5 | Nace Clara Zetkin | 1852 |
| 6 | Se ejecuta a Thomas Moor por negarse a reconocer al Rey de Inglaterra como cabeza de la Iglesia | 1535 |
| | Se publica la obra sensacional de Darwin EL ORIGEN DE LAS ESPECIES | 1859 |
| | Se usa por primera vez el suero Pasteur contra la hidrofobia | 1885 |
| 7 | Francia dicta una ley aboliendo la enseñanza de las monjas en las escuelas del país | 1901 |
| 8 | Proclamación de la República China | 1917 |
| 9 | Reaparece el primer volumen de la Enciclopedia bajo la dirección de Diderot y de D'Alembert | 1751 |
| | Muere Gallfet, verdugo de la Comuna | 1909 |
| 10 | Se expulsa a los Jesuitas de Alemania | 1872 |
| | Los guardias blancos atacan el ferrocarril del Este chino | 1929 |
| 11 | Disturbios a bordo de los buques franceses «Courbet», «Sirassbourg» y «Paris» | 1922 |
| 12 | Muerte del librepensador Erasmo, de Rotterdam | 1536 |
| | Se revoca el caso Dreyfuss | 1906 |
| | Se funda la Academia Comunista en Moscú | 1918 |
| 13 | Marat es asesinado por Carlota Corday | 1793 |
| 14 | Toma de la Bastilla | 1789 |
| | Fundación de la II Internacional | 1889 |
| 15 | Queda totalmente abolida la Inquisición en España | 1834 |
| | Se pone en actividad la fábrica más grande de superfosfato en Konstantinovka (U. R. S. S.) | 1930 |

OCTUBRE

ESCRITORES Y ARTISTAS REVOLUCIONARIOS

OCTUBRE está contra la guerra imperialista, por la defensa de la Unión Soviética,
contra el fascismo, con el proletariado.

Dirección y administración:

Marqués de Urquijo, 45

¡Uníos contra la guerra imperialista!

El día 1.º de agosto se inicia en el mundo entero una semana de protesta contra la guerra. Las experiencias de la historia, sobre todo de la guerra de 1914, acusan de este crimen al deseo de dominio del capitalismo imperialista. La revista OCTUBRE, en su número 2.º, se une a la gran campaña que se celebra internacionalmente.

'La lucha contra la guerra
está lejos de ser cosa fácil'.
LENIN

Trabajadores, oprimidos del mundo entero, intelectuales, ex combatientes, hombres y mujeres que pertenecen a todas las organizaciones obreras, a todos los partidos, acudieron en agosto de 1932 al Congreso contra la guerra que se celebró en Amsterdam. 2.000 delega-

dos representaban 30.000.000 de hombres conscientes del peligro y decididos a luchar contra él. Hoy un frente único de batalla contra la guerra imperialista reúne a estos hombres. Una conciencia nueva, que no es la piedad, que no es sólo el horror, se está formando en el mundo. Esta conciencia es la única que puede luchar contra la guerra, porque es un arma más en el camino de la justicia revolucionaria.

¿Sería posible separar el capitalismo de la guerra? ¿Sería posible aislar la causa de los trabajadores de la de la guerra? ¿Sería posible prescindir de los últimos fenómenos del capitalismo—el fascismo alemán—para tomar una actitud frente a este problema? ¿Podríamos pensar en una nueva neutralidad? No.

10.000.000 de muertos, 30.000.000 de mutilados, 30.000.000 de huérfanos son el resultado de la guerra europea. Estas cifras no harán sino aumentar, en proporciones incalculables, en razón de los nuevos medios destructores. La burguesía tiene el arma al brazo. La máscara de los pactos y los tratados, oculta la preparación descarada de un nuevo conflicto. Los italianos cruzan el mar en escuadrilla para comprobar la facilidad de bombardeo a grandes distancias. París tiene una cintura de tropas coloniales para sofocar las sublevaciones interiores que pudiese provocar la declaración de guerra. Alemania reuniría 3.600.000 soldados para su frente de batalla. Japón y Norteamérica están con los ojos fijos sobre el polvorín del Extremo Oriente. La lucha por los mercados, las materias primas, las colonias, se agudiza cada día que pasa. Los planes de ataque contra la Unión Soviética, contra el país de los trabajadores que se construye en la paz, aguardan en la mesa de los altos mandos.

Hay que luchar concreta y eficazmente unidos contra la guerra imperialista.

¡Mujeres, madres, hijos, pensad en la guerra! España no será neutral. Os los arrancarán aún más violentamente que cuando los llevaban a la guerra de África. Manifestaos contra ella al llevarse los hombres hacia el frente.

¡Obreros de las fábricas, en vuestras manos están los resortes principales de la guerra! ¡Paradla!

¡Ferroviarios, telegrafistas, radiotelegrafistas, telefonistas, vosotros sois la velocidad de la guerra! ¡Paradla!

¡Intelectuales, sabios, artistas, escritores, informad sobre la verdad tristísima de la guerra!

¡Soldado, marineros, campesinos, no sirváis los fines del capitalismo imperialista contra vuestros intereses de clase!

¡ALISTAOS EN EL FRENTE ÚNICO CONTRA LA GUERRA IMPERIALISTA!

El país que se enriqueció en la paz



El sentido patriótico del imperialismo vela por sus juegos.

Ya están sólo por los desvanes de las casas. Si los apolilla el tiempo y el removerlos los reduce a polvo, es porque hace quince años que las manos no buscan las revistas de guerra.

Cuando por el año 1918 aún nos sobrecogía la fiebre semiinfantil de alguna enfermedad de pubertad, todavía esas revistas se extendían por nuestra cama, y las palabras gloriosas de los mariscales, un poco dobladas ya por los bordes, dilataban de décimas patrióticas nuestro pulso frecuente. La guerra para nosotros fué de papel y esa era la que volvía a ordenarse frente a nuestros ojos de neutrales infantiles y enfermizos.

No recuerdo de la guerra más que esto que hoy desdeshavano y que yo ví, que yo comprobé fotográficamente, que yo puedo enfiar y hacer desfilar por tres años de infancia, dentro y fuera de germanófilos, en el recuento de mi memoria.

Mi madre y nuestras madres—obreras o burguesas— no conocían más que los más rudimentarios resortes vitales. Casi sólo trabajaba la mujer campesina. Las otras tenían bastante con casarse pronto frente a un cura zumbón y con malos residuos imaginativos para el final de la ceremonia, casi siempre. Después, aprendían a llorar y a reír a tiempo, mejor dicho, a destiempo de las circunstancias. Eran candorosas, amables, insustanciales, frívolas, tontamente desgraciadas, usaban faldas enjutas, collarines de tul, y hablaban, em-
blanqueciendo, de París. Se conocían las palabras "víctima" y "bibelot". "Víctima" nombrada a todas las mujeres que aguardaban el pleito sufragista planteado mirando al cielo, y "bibelot" se destinaba a graduar el ascenso de la burguesía. ¡Ya compraba estatuillas horrendas para encima de los pianos! Ligeramente tiesa den-

tro de su corsé-guante, la burguesía española guardaba media pierna dentro de las sacristías católicas y de los ritmos feudales. Vivía pobre, arrinconada en unas alcobas de olores fuertes, levantadas las cortinas por floripondios hasta las guardamalletas, abrumada de insignificancia, cursilería, mediocridad, imprevisión. Cuando todo era así, abrumado de telas y chalecos de fantasía, en el momento prevenido en que el Papa meditaba, preocupado siempre con el bien de sus fieles, si era el tango o la furlana lo que debía bailarse en los salones elegantes, el muchacho Gavrilo disparó, en Sarajevo, su pistola contra el Archiduque de Austria. Eso estaban aguardando los hombres de rapiña de las finanzas internacionales.

En política exterior nosotros no contábamos gran cosa. Interiormente se turnaban los partidos de orden liberales y conservadores, y recordamos vagamente la noticia de unos grupos de señoritos mauristas y de requetés de don Jaime de Borbón, que desde el año 1909 tomaban un sentido político nacionalista, tradicionalista, y armaban alborotos, pero sin inventar todavía el fascismo. Recuerdo que puede que asalte alguna vez los insomnios de Miguel Maura.

Los españoles pobres estaban en la siega, asfixiados de calor por los cuartos altos de Madrid, cuando llegó la noticia de la declaración de guerra.

Los bigotes puntiaguos del Káiser se hincaron como banderillas de admiración en el pecho de muchos españoles. Los otros, los veraneantes ricos, estaban en Biarritz y la

Interior
burgués
de
1914.



costa vasco-francesa. ¡Qué descortesía echarlos a ellos para que vinieran los heridos! Empezaron a llegar hombres deshechos, ametrallados, cojos, tuertos, carcomidos de balas, doloridos hasta la mayor miseria. Pero, sorpresa milagrosa de la desgracia ajena, la peseta sube.

Eramos pobres. No habíamos tenido contacto con Alemania desde el viejo conflicto de las Carolinas, en uno de los intentos de reparto colonial con que los países fuertes acechan a los débiles. Pero la familia de la casa reinante es austriaca, la reina consorte, inglesa, y el presidente del Consejo, Eduardo Dato, se pronuncia por la neutralidad.

Von Kluck avanza. Bélgica violada. Los "bárbaros" en Namur, Lieja, Amberes, Lovaina. Por aquí los campos también se abren en dos mitades: francófilos y germanófilos. Nuestras trincheras son las mesas de los cafés. Los tradicionalistas con Vázquez Mella, con "El Debate", con los curas, con la vieja aristocracia feudal, con los militares cerriles, son germanófilos. Admiran la fuerza y tal vez les arrastra ese iluminismo del Káiser invocando a Dios: "Id a la Iglesia, arrodillaos en su presencia y rogadle que ayude a nuestros valientes soldados." El país del libre examen ha conquistado el corazón de la contrarreforma.

Por otra parte andan los que buscan las luces de Francia, el intelectual aristócrata clavado en la gracia francesa. Unos se alegran de la derrota de los franceses, depravados, impíos, librepensadores, masones, con cabarets que desquician a los hombres religiosos, y los de enfrente hablan de "Guerra a la guerra", de "Hacemos la guerra para que nuestros hijos no combatan", "La civilización está en peligro", "Hay que librar a occidente de la barbarie sajona". Pero nadie pronunciaba palabras justas. Aquello era una guerra de imperialismo que, con su cortejo de industriales, sobrepasaba de sangre Europa.

Al principio no sabíamos lo que significaba neutralidad. No podíamos lanzarnos a la guerra por motivos internacionales de colonizaje, porque apenas si teníamos un pequeño compromiso—impopular entre las masas—en Marruecos. Cuando Romanones escribió a favor de la intervención, nuestras masas laboriosas, hartas de oírse adormecer con el cuento de su frugalidad y de su resistencia, flexibles al hambre pero con el sentido práctico del escarmentado, rehusaron seguir el juego del gabinete Romanones. También Lerroux gritaba por el reparto futuro: "Para mis futuros destinos, cualesquiera que ellos sean, yo he renunciado a todo sueño imperialista. Pero la neutralidad en este momento la encuentro una inhibición cobarde." Con

esa facilidad para apropiarse destinos sin realización, Lerroux buscaba en medio del aparente caos de la neutralidad un puesto de honor en el renglón de los agradecimientos. Y Cambó, von su listeza de hombre de negocios, se atenía a las exportaciones, sin cabeceo ninguno sentimental.

Subieron las subsistencias. España era nación importadora de trigo, petróleo, carbón. Nos limitamos a nuestras fuerzas y llevamos sombreros de papel, alpargatas y trajes de mecánico. Pero se echaron a rodar los sueños de nuestra humilde, pequeña burguesía por la anchura de la especulación. Vendimos a todos los países beligerantes, desde abarcas para los pies, hasta mulos y armas; horadamos las minas, hoy cegadas en casi todas las sierras de España, y sacamos un carbón complicadísimo, blanquecino y sucio, que atascaba las locomotoras en las vías. También nos dió el alza de la moneda una banalidad loca y un desparpajo inaudito para descorchar botellas de champagne. La muerte de otros nos enriquecía. Aquel: "No me hable usted de la guerra", se sustituyó en un informalado: "Propóngame usted algún negocio", y aprendimos a piratear cargados de contrabando.

"Libre en el mar libre", dice el código de Derecho marítimo, será el barco mercante. Pero aparece el submarino. Para nosotros, hombres y mujeres de apenas doce años, el submarino era un juguete maravilloso con unos arriesgadísimos capitanes, y pasaba misteriosamente invisible por entre las escuadras. Jugábamos, como los niños beligerantes, a ejercer el derecho del más fuerte a puñetazos y empujones. Pero un tristísimo día apareció en un periódico gráfico un submarino varado y muerto en el Paso de Calais. Desgracia. Ya teníamos que pensar en el heroísmo de sus cazadores.

"Se ha perdido el "Isidoro" y el "Peña Castillo"... Torpedeado el "Mendivil Mendi", el "Iparraguirre", el "Patriot". ¡Buques neutrales, buques de España! Sobre el mapa, clavado de banderitas, en la mesa del comedor, nos marcaban la situación de los navíos. En otra página del periódico, sin correspondencia en la mesa, se leía: Bolsa. Navieras a 500, 1.000, 2.000... ¡54 barcos desechos, 107.616 toneladas: una pérdida de 160 millones de pesetas! Pero eso era falso. Las compañías aseguradoras volvían a embolsar el dinero de los capitalistas. ¿Y cuántos hombres muertos? No encuentro estadísticas de los desaparecidos en ningún periódico de la época. ¿Qué importaban cuatro pescadores miserables cazados por las minas, tres marineros torpedeados? También hundieron el "Lusitania" con pasajeros de primera clase. Para repetirlo, las escuadras

francesas hacen maniobras navales todos los veranos. Los italianos envían pequeños "destroyers" a las playas de moda de la Riviera. Inglaterra, repinta su poder en los mares. Japón y Norteamérica se encargan de aterrorizar el Extremo Oriente con su fuerza naval. La guerra trae muchas enseñanzas para el futuro.

Mientras se enriquecían los menos, el rey de España sufrió una crisis imperialista. Le habían impuesto una neutralidad, pero él quiso siempre que la historia le recordase con un sobrenombre de hechos de armas y no, como se empeña la Iglesia, por haber entronizado en el Cerro de los Angeles al Sagrado Corazón. Soñaba con otras cosas, soñaba con Portugal.

En un ataque de iberismo y aprovechando "lealmente" la ausencia de los portugueses, soldados en el frente franco-alemán, quiso repetir la vieja historia de anexiones. Llamó a su ministro de la Guerra y ordenó el recuento de hombres y municiones. No podía ser. Había hombres, pero mal instruidos y con dotación insuficiente, sin proyectiles. Pues que los hagan. Pero las fábricas tenían maquinaria vieja. Imposible. Se tardaría tres años en abastecer al ejército disponible.

Todo esto son recuerdos antiguos, conversaciones de ambiente militar, cosas que se decían a media voz y que no sé si las cuento por vez primera o si las recuento y son un secreto a voces. Pero nunca oí hablar de mayor de la pretensión de Alfonso XIII sobre Portugal. Luego creó que salió una comisión de oficiales para comprar armamento en Norteamérica, que nunca pudo ser utilizado. Así era el rey "caballero", venerado por las burguesitas francesas porque algún secretario suyo les dio noticias de su novio prisionero de los alemanes.

Y mientras tanto todo se llenaba de la propaganda de papel. El Príncipe de Ratibor, el Barón de Welczek y el patrieta y relojero Coppel querían demostrar lo inde-mostrable: el derecho al ataque. Francia e Inglaterra, enviaban toneladas de revistas, donde los prisioneros sonrefan por haber caído en plena civilización, y una triple enardecida entonaba la Marsellesa. Los alemanes derribaron la estatua de Ferrer en Bruselas para halagarnos, y los franceses abrieron la frontera.

Hacia tiempo que no se hablaba más de "Ayudar a la razón contra la fuerza". La belleza de la causa de Bélgica violada, de Miss Cavell fusilada, de los franco tiradores arrojados, sin rematar, a un hoyo, de las mujeres violadas y de los niños huérfanos, se quedó en la memoria de cuatro intelectuales que leían a Verhaeren a Paul Fort y a Ru-

bén Darío. Todo está invadido por la necesidad de nuestra burguesía de aprovechar la coyuntura de cuajarse económicamente. La guerra no podía durar mucho y la urge acaparar.

Todo sube, todo mejora, hasta las condiciones del obrero. Hemos entrado en la era capitalista.

Años antes, Pablo Iglesias, se había inclinado a la solución "patriótica" de Eduardo Dato. Pero hay una huelga que marca a la burguesía su posición y sus límites respecto a la clase obrera. Es la de 1917. De ella conservo el recuerdo de un retén de oficiales en la portería del colegio y una fachada llena de impactos cerca de la Cárcel Modelo. La burguesía española reprimía con la suavidad acostumbrada internacionalmente los deseos de los trabajadores.

Vino la Paz. "La civilización se ha salvado". Y mientras media iglesia echaba las campanas a vuelo, la otra media rezongaba pensando aún en los hermosos cañones del 42, los hospitales en llamas, las bellísimas mutilaciones, la sorpresa cazarra de los gases asfixiantes que ella había bendecido con todas las gracias del Altísimo en la punta de los dedos.

La paz nos trajo la palomita cándida de Wilson con un mapa nuevo, de Europa, en el p'co. Nosotros, estudiantes de frentes de batalla, no de fronteras, nos quedamos desconcertados.

Y ya tenemos la palabra "bolchevique", pero estamos lejos de Rusia y no la incorporamos más que al cuplet. Aún ha de tardar la burguesía española en reabsorber el sentido de esa palabra.

Nos seguimos preocupando de especular con los residuos de las economías. Nos unimos, ya en pleno crecimiento de nuestra burguesía, a la suerte de las demás burguesías europeas y nos arrastraron como la cola de una cometa las situaciones y el temple de la vida de los demás países. Pero volvemos a la pobreza: el franco, el marco, la libra... Nos queda el descontento, y nos empezamos a echar la culpa los unos a los otros.

Más sueños de invasión de los generales y el rey de España. Operaciones en el Marruecos español y... Annual, 1921. Los elementos burgueses necesitan asegurarse, los semi-feudales también. El rey representa a los segundos, Primo de Rivera a los primeros. La Dictadura da el empujón decisivo a los negocios. Sueña con un país industrial, pero, creyendo ser fiel al rey, lo que hace es encauzar la protesta de la burguesía—liberales, demócratas, individualistas, intelectuales—que necesitaba desplazar la nobleza para cumplir—con retraso de un siglo—su papel histórico. An-

te este peligroso despertar, Primo de Rivera es expulsado y, después de vacilaciones insostenibles llega, con los tiros del fusilamiento de Galán, la República Española.

Por Europa—nosotros vamos siempre un poco despre-
ciados por los beligerantes—asistimos a Congresos y con-
ferencias. Al Palacio de la Paz de La Haya, ha sustitui-
do una asamblea de notables: La Sociedad de Naciones
en Ginebra. Cada vez es un punto de la tierra el que se
hace célebre, y el nombre de un señor multiplicado por sus
secretarios. La nueva guerra se prepara entre la paz de
las cancillerías, entre la sonrisa de las delegaciones. Una
palabra está atravesada en el tubo de respiración de la
burguesía: ¡Crisis! Ni el Pacto de los Cuatro, ni la Con-
ferencia de Londres, podrán detener una nueva guerra.

Sabemos bien lo que significaría Mussolini, ¡premio Nobel
de la Paz!

¿Saben los españoles lo que la guerra es en sí? ¿Cono-
cemos en nuestra propia carne su espanto? ¿Podemos
arrancarnos la envoltura de la propaganda bélica y ver
auténticamente la urdidumbre del capitalismo con sus in-
tereses de clase? Deterding, Berta Krupp, Schneider,
Skoda, el Banco de Londres, Wall Street... Porque esta
vez nuestra neutralidad la harán insostenible los compro-
misos de la burguesía con la burguesía internacional.

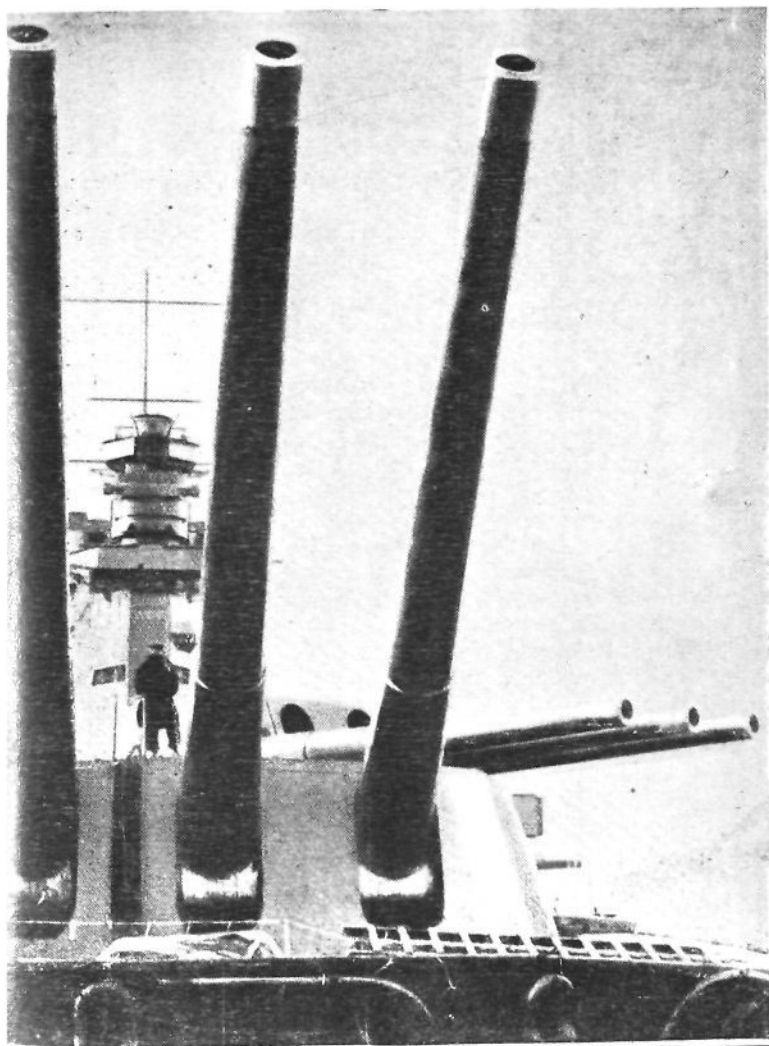
“Prepárate en la paz para la guerra”, dice un viejo afo-
rismo. Prepárate en la paz luchando contra ella, prepárate
para la revolución.

María Teresa LEON

Algunos de los miembros del Comité Internacional contra la Guerra

Francia: Henri Barbusse, Romain Rolland, Victor Margueritte.
Alemania: Einstein.
Norteamérica: Upton Sinclair, Dreisser, John dos Passos.
Escandinavia: Karin Michaelis.
Dinamarca: Andersen Nexø.
China: Sun-Yat-Sen.
Japón: Sen Katayama.
España: Valle-Inclán y Francisco Galán.

La paz reina en los mares.



¡Gritamos!

¡Pateamos!

¡Levantamos en nuestros pechos la protesta!

Sobre una brecha de destrucción,

levantaron la bandera de la Democracia,

¡con discursos solemnes!,

¡con pactos pacifistas!,

¡con el grito de los manicomios!,

¡con el insulto de los mendigos!,

¡con el humo de las fábricas de municiones!,

¡con el hambre de los obreros sin trabajo!

Fué un momento.

¡Lo que tarda el Imperialismo en la preparación de
[una guerra!]

Plá y BELTRÁN

A los escritores revolucionarios españoles
envío mi saludo mas ardiente y les apre-
ta las manos amigablemente y fraternizante!

Lenin Barbovski

Los extranjeros

Era cuando la guerra: 1916—en los tiempos olvidados. No dijeron nada. No hubieran podido ni el uno ni el otro hablar mientras estaban en aquella cocina de casa rica.

Los tres soldados venían en acantonamiento de reposo al pueblecito aquel. Estaban sentados en el centro de aquella cocina, muy pegados, atentos a no manchar las cosas con el barro, a producir el menor miedo posible con sus caras a aquellas gentes que, sin razón alguna, les recibían con tanta amabilidad.

Se comprende lo que pasó: todo el regimiento, al volver de las trincheras, había llenado el pueblo con su ruido de quincalla. Un castillo dominaba el pueblo como una tapadera de lujo, y ellos se encontraban en ese castillo.

No estaban allí alojados sino invitados. En efecto, después de dejar su fusil y su saco en el hangar que se designó para su sección (tan abierto al aire y al agua que más bien parecía un abrevadero), habían decidido—Triadoux, Pouillon y Pepet—dar una vuelta antes de lavarse y de escribir sus cartas. Erraban con el hocico al viento, reposados, andando por las calles como suelen hacer los hombres libres.

Sus pasos habían llegado a la cocina del castillo: el chófer, la doncella, el hijo mayor del jardinero, estaban allí; después llegaron los nietos de la portera. Les sirvieron vermouth, ese vino especial que parece una salsa. Y les miraron.

Estaban recubiertos de una corteza gris que les daba aires de paquidermos, y sus ojos parecían ventanas. Hasta Pepet tenía algo de elefante, aunque fuese tan flaco como su esqueleto.

Se pasaba el tiempo mirándoles como a bestias curiosas, y las bestias curiosas se ocupaban sólo en ser miradas. No había en aquella cocina, limpia, espaciosa, con muros estucados y ángulos rectos como las encuadraciones de los libros, brillante de aluminio y de cobre, demasiadas palabras. Los soldados bajaban la cabeza y las puntas de sus capotes se posaban como alas de madera sobre las baldosas brillantes. Se oía lejos, en torno, el gran ruido celeste y esférico del cañón, y si los hombres de guerra hubiesen hablado, habría sido, tal vez, para disculparle.

A la cocina, transformada en parque zoológico, bajó la señorita Clotilde, hija del conde y de la condesa del castillo, y que tenía además ojos dulces. Vieja de quince años, como los nuevos de la clase 15.

A la aparición de la joven dueña, el personal se levantó de un golpe. Los tres soldados, envueltos por el movimiento colectivo, se levantaron a medias y se volvieron a sentar arrastrados por su peso—y fué el tiempo necesario para que todos vieran que su humedad había borrado un poco el brillo de las sillas enceradas.

La muchacha avanzó hacia ellos. El chófer, que estaba al corriente, les presentó:

—Han corrido cincuenta veces al asalto. En su regimiento, que tiene hoy cinco mil hombres, había treinta mil.

Lo que decía el chófer evocaba otro mundo, que rozaba éste, que no conocían para nada a aquellos que no fueron y cuyas gentes habían caído allí sólo por cinco minutos. La presencia real de ese mundo fué como si la pared de la cocina se levantase de golpe sobre el teatro de las cosas. Se vió tan palpable, que corrió un aliento. Imposible no comprender el hoyo infernal de truenos y de sangre; ignorar que estos supervivientes eran criaturas extrañas que sobrenadaban aún en la lucha imposible del hombre con la muerte.

Habían pasado treinta meses entre miles de gotas del torrente de hierro. Si una gota acierta, ya no se tiene forma, os hundís en la tierra y quedáis así hasta el final del tiempo. Nada terminó aún, pero basta una gota... Los que provisionalmente están en la cocina tienen un pie dentro de la tumba universal.

La muchacha dice:

—¡Pobre gente!

Pero cuando termina de hablar, siente que no era eso lo que hacía falta decir. Los soldados no respondieron. Estaban muy dóciles en posición de firmes sobre sus sillas. Miraban la cara nueva y dulce donde la sonrisa se empezaba a detener.

Para todos fué evidente que la frase de caridad resultaba pequeña y que no decía la verdad.

¡Qué difíciles son las palabras! Parece todo tan sencillo. Están ahí, muy visibles, y su destino también muy visible. Pero por eso que es tan sencillo resulta tan difícil.

Empezó a tener miedo de los transeúntes de la muerte, parados aquí, en su camino. Bajó la cabeza y murmuró:

—Son ustedes unos héroes.

Tampoco contestaron. No se movieron. Habían oído sin comprender. Esa palabra tampoco les llegaba. Porque no eran héroes. Sí, si hubiesen querido, tal vez se hubieran acordado de hazañas de guerra parecidas, después de todo, a las de los hombres de Plutarco que vivieron por aquí y por allá. Pero hace falta estar locos para decir héroes.

Pepet rebuscaba su pañuelo. Se había tumbado hacia atrás en la silla, la pierna estirada y, recogiendo un poco del capote, grande como una puerta, sacó de su bolsillo, a la vez que el pañuelo, cordones de zapatos, un mechero, una cruz de guerra. Su heroísmo era un detalle que guardaba en el bolsillo de su pantalón.

Se hacía necesario encontrar otra cosa que esas pobres palabras. Era preciso verlos mejor. Se notaba que no habían salido tan indemnes de su cruce insensato bajo los

torrentes de acero. Estaban descortezados y húmedos de rojo desde hacía treinta meses.

El, por ejemplo, tenía el perfil rozado por una bala y se lo habían rehecho de una manera más o menos parecida al anterior.

—Les admiro—se atrevió la muchacha.

Las tres cabezas se movieron. El primero hizo un esfuerzo por girar su cabeza del lado menos feo de su cara modelada por el cirujano. El segundo se incorporó crujendo. A fuerza de huracanes era sensible al viento. El tercero desplegó su pierna anquilosada. ("Cuando se descansa está uno jorobado.")

—Les compadezco—dijo la vocecita.

Y seguido, como alguien que cometió una falta:

—Perdón.

Cosa curiosa, en el momento en que pedía perdón por haber gritado: "Les compadezco", Pepet tosó. Pouillon tuvo un estremecimiento de fiebre y en el ángulo la cara de Trilladoux se paró en un gesto.

Quiso decir otra cosa, quiso decir: "Cumplen ustedes su deber de franceses..." Pero esa frase sonaba tan falsa, que no salió de su garganta. Y todos lo notaron.

Y la niña tan derada se quedó con la boca entreabierta delante de los hombres de barro grandiosamente hendidos de dolor, sentados en las sillas de una cocina, pero que fueron ayer y serían mañana ejecutores.

Y ejecutados...

El resto de la casa era como un público. Aún intentó decir valientemente:

—Señores...

—Amigos míos...

Pero no eran señores y mucho menos amigos. También ellos hubieran deseado encontrar una palabra amiga, pero no pudieron. Eran más grandes que ellos mismos, enraizados en bloque a sus sufrimientos.

Así siguió el diálogo que no fué diálogo y que mostró un drama que no se parece a los dramas de siempre, porque era el encuentro, por azar, de seres que están en los extremos opuestos de la vida.

Pero se necesitaba decir algo, y Pepet abrió la boca y dijo:

—Sí.

Y quedó hincada la palabra como una palabra venida del más allá.

Triadoux se levantó y dijo:

—Tenemos que volver al establo. ¿Vienes?

No era un establo, pero le llamaban así. Se marcharon hacia atrás, haciendo pequeños saludos, desmañados y torpes ante el lujo de la cocina, y ella se fué humillada, con los ojos húmedos.

En la escalera encontró a un señor.

—¡He visto a los soldados!

—Son hombres como nosotros—afirmó el señor filosóficamente.

—No; porque no se puede hablar con ellos. Parece que entre ellos y nosotros hay una mancha que no se puede borrar.

Le daba vergüenza confesarlo. Hablaba con melancolía y con miedo, y se notaba bien que cuando fuese menos joven y menos tierna, el miedo se volvería odio.

"Hay un mundo de hombres: el de la guerra, y hay un mundo de hermosas casas con puertas fuertes y cajas de caudales y cocinas como capillas. Otro país, un país habitado por extranjeros imposible de reconocer".

Pepet pensaba así, confusamente, y después de cien pasos dijo a los que le seguían:

—¿Cómo quieres tú que hable si no hablamos el mismo idioma?

—¡Caray!

—Este es nuestro castillo.

Delante del establo había una especie de gallinero. Las gallinas volaron en humo ya hacía años. En el gallinero estaba encerrado un hombre. Era el prisionero alemán que arrastraba consigo la compañía.

—¡Pobre hombre, no te apures! ¡Bah!

Se acercaron. Un hombre con la bayoneta calada hacía centinela. El prisionero se acercó a la tela metálica. Estaba en jirones, arrugado, grasiento, sin edad ya en la cara, con el mismo uniforme que los libres: barro.

Pepet metió la mano por entre los alambres y le golpeó el hombro. El hombre sonrió como un niño y se puso a devanar palabras en la algarabía incomprensible de la lengua alemana.

Se pusieron a reír; se frotaron las manos; gesticularon, contentos.

—¡Fobre hombre, no te apures. ¡Bah!

Se tendieron las manos, tres manos que estrechó a través de la tela metálica.

Se hundieron en su pajar, libres de un peso que les aplastaba.

—Al fin, hoy, hemos encontrado alguien que habla nuestra lengua.

Henri BARBUSSE

**El primer disparo
de la guerra
imperialista
de 1914.
La guerrera
ensangrentada
del
heredero
de
Austria.**



Guillermo II, Emperador de Alemania.



El Mariscal Von Hindenburg.



La verdadera víctima del imperialismo.

Mi libro "Guerra"

No soy ya completamente el Ludwig Renn de mi libro. Salgo de una familia noble de funcionarios y de oficiales. Mi madre nació en Moscú, de familia alemana. Ella me enseñó el ruso. A través de ella empezamos a interesarnos por las cosas rusas, tiempo antes de tener una idea clara de los gobiernos y de las naciones.

Mi hermano y yo éramos enfermizos. Crecimos con dificultad. Mi infancia se me presenta como una fila de insomnio y de fiebre. A los seis años no me aceptaron en la escuela, y a los once, el profesor dijo a mi padre: "Este niño no tiene disposición para el estudio".

Desde los once años empecé a progresar. Iba notando que no era tan tonto. Siempre fui observador, pero nunca me atreví a comunicar a otro mis observaciones. Tuve dudas religiosas que sólo conocía un amigo mío con quien erraba por los bosques. Hablábamos mucho y escribíamos versos. En estas oscilaciones mentales agoté el resto de mis años de escuela. Mi espalda era débil. Me dolían los músculos y me iba encorvando. Necesité sobreponerme y ser valiente. Un día planteé a mi padre un deseo: "Quiero ser oficial".

Ingresé como suboficial en el regimiento de Granaderos de la Guardia, número 100.

¿Qué sabía yo entonces del pueblo? Había tratado criados y sirvientas, artesanos, gente más o menos a nuestro servicio, a quienes tratábamos con superioridad, sin tener conciencia de lo que hacíamos. Ahora, por el contrario, los tenía cerca y los escuchaba. Creía yo que eran groseros, pesados y que rara vez se lavaban. Pero no era así, se interesaban por otras muchas cosas. Su amistad y su odio eran espontáneos. Aprendí entre ellos a ser natural, y comprobé que serlo no era vergonzoso.

La influencia fué tan fuerte, que hablé de ello a mis amigos. Me escucharon amablemente y no me hicieron caso. Así viví ocho meses, hasta que ingresé en la Escuela militar de Hannover.

Mi relación con los soldados había sido tan cordial, que casi llegué a ver en el servicio militar un paraíso. El desengaño me tenía que costar muchos dolores. Pensé que sólo sucedían cosas tan arbitrarias en Prusia, y que en Sajonia, donde los oficiales recibían una educación mejor, serían diferentes.

Cuando terminé los exámenes, volví a mi regimiento y fui nombrado teniente.

En mi compañía estaba un oficial que pretendió hacerme andar derecho. Cada mañana, al llegar al patio del cuartel, insultaba a gritos al ayudante. Tantos gritos daba, que se asomaban los enfermos. Yo me esforcé por aprender a enfadarme de aquel modo, pero nunca alcancé la perfección de mi capitán.

Y estalló la guerra...

Entonces me pareció que todos los oficiales eran la encarnación viva del deber y del heroísmo. Mi capitán de la reserva, que siempre estaba borracho, repetía: "Esos franchutes van a ver". Pero sus proezas se resolvían en palabras, y se fué a un pueblo seguro, lejos de las trincheras.

Recibí el bautismo de fuego en la aldea belga de Dinan. Tirábamos contra las casas. Un año más tarde se comprobó que los disparos no habían partido de allí, sino de la otra orilla del río. Cuando entramos en la aldea, en aquella primera ocasión, organizamos una verdadera manzanza de pacíficos habitantes.

Otro día, una hermosa noche, nuestra cocina se paró

cerca de un montón de cadáveres. Un oficial medio borracho me gritó: "Ven pronto. Hemos encontrado cerveza." En aquel momento, uno de los cadáveres se movió. A la luz de un incendio, vi cómo una cabeza llena de sangre se incorporaba. Era una cabeza de mujer.

—Ven, es un día bueno para nosotros.

—¿Quién ha matado esa mujer?

Levantó los hombros y siguió su camino adelante.

La cabeza miraba fija; se apoyó contra el brazo de un muerto y descansó. Un general, a poca distancia, consideraba sus trofeos.

El resultado de mis angustias fué una descripción de la guerra en 3.000 páginas.

De pronto, en aquel ámbito de desconcierto y de locura, me sentí tranquilo. Tenía la sensación de que en medio de la metralla todos aquellos hombres me seguían. ¿Por qué? No podía comprenderlo. Me sentía ligado a su suerte de una manera absoluta.

Las pérdidas llegaron a tener proporciones colosales; pero el sentimiento de unión no se rompió.

¿Y nada más que eso?—preguntarán algunos—. Para mí era enorme. Ese sentimiento me descubrió un mundo distinto. Hasta entonces, yo había sido individualista, dudaba de todo. Luego, por el contrario, sentí que me rodeaba una gran fuerza, y mi único deseo fué volverlo a sentir. *Me notaba en un lugar más luminoso; pero no me libré de las contradicciones que me rodeaban, hasta que un día la gran comunidad del trabajo me marcó mi puesto.*

Hasta la Navidad de 1914 tuve a mi mando una compañía en el frente. Después, me nombraron ayudante del coronel, y dejé a mis amigos de las trincheras.

La vida de las trincheras es horrible. Falta protección, hay humedad, barro, ratas, guardias agotadoras, transportes perpetuos por caminos intransitables bajo la luz deslumbradora de los cohetes. Nada de esto sabían ni el coronel ni los emboscados en retaguardia. Algunos pensaban que el soldado debe estar siempre trabajando para no reflexionar en el horror de su suerte.

Empezó mi lucha en el periódico del regimiento. Allí no se decían dos palabras de verdad. Ni siquiera se contaba la desertión de un comandante que, con toda su compañía, se había pasado a los franceses. Ensayé introducir alguna verdad. Imposible. Pero me prometí a mí mismo escribir algún día la verdad de la guerra.

Era ya en 1917. La palabra "bolchevismo" había llegado a nosotros: "Son ideas subversivas que nos vienen de Asia", decían despreciativamente los oficiales. Entonces se empezó la propaganda para inculcarles la necesidad de seguir la guerra.

Y entró mi regimiento en un combate importante. Durante mucho tiempo habíamos oído el cañoneo pensando: ¿Nos taca a nosotros? Pero cuando nos encontramos en medio de las balas, esa impresión desapareció. Bajo la influencia directa de las cosas, el deber hacia mis subordinados se convirtió en el único estímulo de mis actos. Esto caracteriza mi libro "Guerra".

Los oficiales seguían considerando con frivolidad la idea de revolución "¿El socialismo?. Palabrerías". Pero a mí me parecía extraño que tantos hombres leales fuesen socialistas. Poco más o menos, yo me figuraba el socialismo como una religión de gente pobre, cuya gran felicidad consistía en desfilar por las calles agitando banderas rojas. En cuanto al bolchevismo, lo juzgaba peligroso y distinto en absoluto del socialismo.

Y empecé a interrogar a mis subordinados. Había una cosa en la revolución que respondía a mis deseos: la renuncia a la Iglesia y al Estado. Ya mucho antes de la guerra, los oficios religiosos me indignaban profundamente. Otra cosa que me acercó a ellos fué la lucha contra los oficiales. Esos oficiales que decían ahuecando la voz: "La palabra de un oficial es sagrada".

Para mí, esta lucha se terminó en 1920, cuando la policía sajona, a la que pertenecía, me obligó a pedir el retiro por motivos de salud.

No comprendía bien los acontecimientos: frente rojo y socialdemocracia burguesa me eran igualmente ininteligibles. A los que lean estas líneas he de hacerles recordar que nuestra prensa presentaba a los comunistas como una banda de criminales furiosos. Era libre. Estudié Derecho, Economía, Comercio. Trabajé la tierra. Recorrí a pie Italia, Grecia, Egipto. En Viena aprendí historia del arte. No hallé reposo. Buscaba algo que no podía precisar.

El 15 de julio de 1927 fui testigo de la represión sangrienta organizada por la policía vienesa. Después cayó en mis manos el libro de John Reed: "Diez días que conmovieron el mundo". Esa era mi salida. Los comunistas saben querer y saben lo que quieren.

Se preguntan a veces: Ludwig Renn, ¿puede ser comunista? Necesito una meta. El mundo burgués no puede dárme la. El frente proletario tiene un fin que rodea la tierra.

Ludwig RENN (1)

(1) Ludwig Renn, uno de los escritores más conocidos del proletariado alemán, autor de dos libros famosos, GUERRA y POSTGUERRA, está encarcelado, con otros muchos intelectuales, en las prisiones fascistas. Desde su ingreso en el Partido Comunista, los "nazis" se juramentaron para darle la muerte como "traidor" a la clase a que pertenecía: la aristocracia.

Que se rompa la cuerda



**La iglesia marcha
sobre la cuerda floja**

*Un, dos, tres.
¿Quién va? ¿Quién es?
¿A dónde va Su Santidad?*

*—A bendecir la cristiandad.
Mis oraciones
darán más fuego a sus cañones.
Mi agua bendita
redoblará su dinamita.
Nuestra Señora
será la dulce cargadora
de los fusiles
de sus guardias civiles
y Dios, el guía
de su secreta policía.*

*Un, dos, tres.
¿Quién va? ¿Quién es?
—Ven tú, banquero,
devoto y mártir del dinero.
Cristo te ampara.
Su Santidad y su piara.
El cielo eterno
yo le prometo a tu Gobierno,
paz en la tierra,
si al campesino hace guerra,
vida infinita,
si a los obreros se la quita.
Banquero, hermano,
sube hasta mí, dame la mano,
que si la cuerda
que si la cuerda
se rompe iremos a la mierda.*

Rafael ALBERTI



No se puede mirar

La guerra química en lo porvenir

Aunque son condenados por el derecho de gentes los actos de hostilidad contra las poblaciones civiles, el hecho de que una medida militar, dirigida contra un adversario, es tanto más eficaz cuanto más influencia tiene sobre las decisiones del Gobierno, en las guerras del porvenir quedará excluida, por tal motivo, aquella distinción, máxima cuando los actuales medios bélicos permiten llegar rápidamente a las zonas más alejadas de los frentes de combate.

El pueblo más fuerte lanzará sus escuadras aéreas, incluso antes de llegarse a los encuentros de frontera, contra las ciudades pacíficas, tanto más indefensas cuanto que todavía no habrá habido tiempo de acondicionarlas para albergar en abrigos subterráneos blindados, a prueba de gases y explosivos, al total de la población, ya que de hecho existe la imposibilidad absoluta de proveer a todos los ciudadanos de medios individuales de protección, tales como caretas con sus filtros de recambio y trajes impermeables de tejido especial.

Nuestras viejas ciudades, formadas de casas apoyadas unas en otras, alineadas en calles estrechas, son sumamente peligrosas; los gases tóxicos de acción más fugaz se convertirán en venenos persistentes por la dificultad de que los arrastre el viento. Y este peligro, ya iniciado en la pasada contienda, será de una trágica realidad en una próxima guerra por los límites insospechados a que llegarán los perfeccionamientos en los medios de destrucción. El avión gigante alemán "DO-X" puede llevar a 2.000 kilómetros de su base 25 toneladas de explosivos, de cuyo poder destructor podemos formarnos idea recordando que un proyectil con 1.000 kilos de carga es capaz de desplomar una casa, bien construida, en un radio de acción de 50 metros, aunque la explosión se verifique en terreno descubierto. Si las bombas llevan espoleta de acción retardada, basta una carga de 700 kilos para abrir en el suelo un embudo de 30 metros de diámetro.

Los gases

le han

vaciado

los ojos.



Con ser angustioso el peligro del bombardeo aéreo, lo es mucho más si a la vez se combina con la producción de incendios y diseminación de gases. Sin pensar en los efectos de los nuevos y desconocidos gases que puedan surgir, baste recordar los del fosgeno, sustancia empleada durante la paz en la preparación de productos colorantes, capaz de matar a un hombre en treinta minutos si tiene la desgracia de respirar una atmósfera que contenga por metro cúbico la ínfima cantidad de medio gramo de tóxico. Comprobación de su formidable potencia destructora fué el grave accidente ocurrido en 1928 en una fábrica de colorantes de Hamburgo, y en la cual se produjeron víctimas hasta a 18 kilómetros de distancia del lugar de la explosión.

Contra las arsinas, cuerpos derivados del arsénico, sólo hay protección usando caretas con atmósfera propia. Son cuerpos sólidos, finamente pulverizados al estallar los proyectiles que los transportan; pasan los filtros más tupidos de las caretas corrientes; producen en orden creciente estornudo, sensación fuerte de ardor en la garganta, nariz y pulmones; fuertes vómitos y graves intoxicaciones, obligando al combatiente a arrancarse la careta, momento en que entra en acción el gas, más rápidamente mortífero, cuya siembra se hizo de un modo simultáneo. Y, por si esto fuera poco, la infección de viveres, animales de consumo, etc., puede sumir en la más espantosa miseria a las muchedumbres supervivientes. La guerra biológica, extendiendo enfermedades entre hombres, plantas y animales, coronará este cuadro de horror al cual no ha de escapar ningún ser vivo de los pueblos beligerantes.

Y todo ello para no conseguir utilidad alguna; sin que, tras tanto sufrimiento, se vea surgir una sociedad más justa, más feliz; todo en nombre de viejas tradiciones, conservadoras de los privilegios de una casta en detrimento de la clase más castigada a través de los siglos, y, sin embargo, más digna de mejor suerte por su trabajo y por sus virtudes.

Una de las fotografías que ilustran este comentario da una ligera idea de las mutilaciones que produce en los cuerpos esta nueva lepra de la guerra.

GAS





Los que verdaderamente ganaron la guerra

Schneider, el abastecedor de armamentos más grande de Francia.

El capitalismo y la preparación de la guerra

Nadie ignora que la guerra es consecuencia inmediata y necesaria de la política desarrollada en un país, la que a su vez está determinada por las condiciones económicas del mismo.

El capitalismo busca por todos los medios el modo de acrecentar sus ganancias. El capital financiero exige por sus préstamos intereses cada vez más elevados a las empresas industriales, con lo que éstas se ven obligadas al aumento progresivo de sus beneficios, tanto para hacer frente a sus deudas, como para satisfacer su codicia. Consiguen su propósito reduciendo hasta límites inconcebibles el nivel de la vida de la clase trabajadora con el natural malestar de la misma, y elevando la producción de sus empresas más allá de las posi-

bilidades de su propio mercado, reuniendo un sobrante de mercancías que, agravando la situación interior, choca con las fronteras de otros países.

El afán de lucro exalta los sentimientos patrióticos y a las ganancias que todos esperan conseguir con el triunfo, se une la impaciencia de los grandes capitalistas por realizar su sueño de inmediatos y pingües beneficios con la fabricación de material de guerra, venta de armas, equipos quirúrgicos, óptica y física, suministros al ejército, etc., etc.

Y no solamente impulsan a la tragedia los industriales y negociantes, sino los pequeños burgueses y algunos trabajadores, que esperan, con loca inconsciencia, encontrar remedio a su situación en la bélica empresa.

Cuando en un país se aunan la crisis interna y el exceso de producción, no sólo aspira éste a la expansión, sino que se dan en él los dos factores necesarios para hacer posible la guerra. Para que ésta exista se precisa que la nación que la provoca tenga medios para poder sostenerla. Son éstos en primer lugar, hombres para el ejército, hombres cuyo trabajo no sea indispensable para el sostenimiento de la sociedad, y estos hombres son los miles de trabajadores sin trabajo. Necesita, en segundo lugar, una economía adelantada que le permita soportar los extraordinarios gastos que la guerra ocasiona; es preciso producir para alimentar al pueblo y al ejército, y para destruir y reconstruir lo que se le destruye.

Llegada la guerra, todo cálculo resulta deficiente: los hombres son pocos en el frente, y son llevados al trabajo niños y mujeres; se fuerza la producción y se reducen los gastos, pero a pesar de todo, los recursos se agotan, y cuando el agotamiento lleva a la paz, se encuentran los pueblos en situación más desesperada que antes de declararse la guerra. De este modo cada guerra es a su vez causa de otras, no por odio de pueblos, o rivalidades nacionalistas, sino porque al final de ellas quedan agravadas las causas que la determinaron.

Los millones de trabajadores que existen en el momento actual y que naturalmente exigen su derecho al trabajo y a la vida, crean en todos los países tal conflicto interno que, unido al exceso de producción, y a la apetencia de nuevos mercados, son peligros inminentes de próximas catástrofes.

En la última guerra, el desastre económico y el temor a la hecatombe despertaron en el pueblo el espíritu revolu-

cionario. Los años de guerra se habían convertido en curso de insurrección contra los que les impulsaban a aquella estúpida e inhumana carnicería. La privilegiada burguesía comprendió el peligro que supondría para la conservación de sus privilegios una nueva matanza, y horrorizada ella misma de su propia obra y apreciando el resultado negativo del crimen quiso, acaso de buena fé, evitar en lo futuro otra nueva tragedia, creando para ello la Sociedad de Naciones, con la principal misión de evitar en lo futuro toda posibilidad de guerra. Su fracaso no ha podido ser más completo; flamante todavía esta institución, se reconoce incapaz de resolver los problemas que surgen a cada paso, y el Japón, en el extremo Oriente, procede con absoluta independencia anexionándose territorios chinos, en abierta oposición con los principios que informan la Sociedad.

Así tenía que suceder, puesto que para evitar las guerras precisaba suprimir sus causas, cambiando el sistema económico, y ésto, dicho se está, que no podían hacerlo, ni aun comprenderlo quizá los dirigentes de ese sistema.

No podían además ser atacadas a fondo por ellos las causas que producen las guerras; sin embargo, si se hubiesen decidido a suprimir radicalmente los armamentos, el estado económico de los pueblos hubiese experimentado importante mejoría, convirtiendo el resultado de las conferencias de desarme en conferencias pro economía.

Nuevo desencanto, el obtenido por el actual congreso mundial, integrado por representantes del capitalismo. No pueden atacar el sistema que representan, pero sí podrían en un esfuerzo de comprensión y buen desear darse cuenta de que la raíz de la crisis reside o emana del excesivo interés del capital usurario y reducir progresivamente este tipo de interés, convirtiendo así por sus resultados estas conferencias pro economía en conferencias contra la guerra.

A ser posible la reducción del interés del dinero en todos los países, los capitales colocados en los Bancos buscarían estarlo en las empresas industriales, y la riqueza puesta en circulación mejoraría la situación de la clase obrera y del pueblo en general, que encontrando más posibilidades adquisitivas influiría en el mercado, atenuando la crisis.

Quizá hayan apreciado lo expuesto, pero, deduciendo como consecuencia que la disminución de rendimiento progresivo del capital lleva a la muerte el sistema imperante, lo han desechado por completo. Juzgarían que era el tenerlo en cuenta poner en tela de juicio el privilegio que contra las leyes físicas se ha concedido al oro de convertirse en más oro, sin otro talismán que el transcurso del tiempo.

Es cierto que sería la muerte del actual régimen económico, pero no lo es menos que, tanto en los sistemas económicos como en los seres vivos, se realizan fases de principio y de fin, y por más esfuerzo que se haga por su eterna duración están condenados como Guilmanés a ver devorada por una serpiente la planta mágica de la inmortalidad.

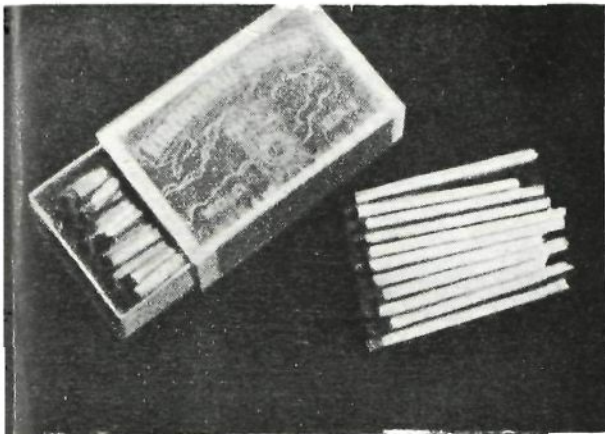


Los que verdaderamente ganaron la guerra

Berta Krupp, propietaria de las fábricas de guerra más grandes de Alemania.

Documentos

secretos del espionaje internacional

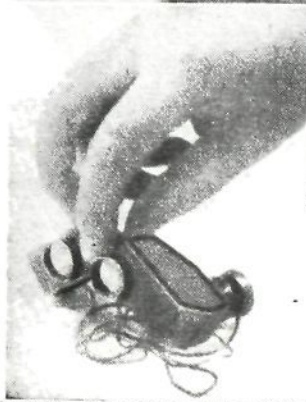
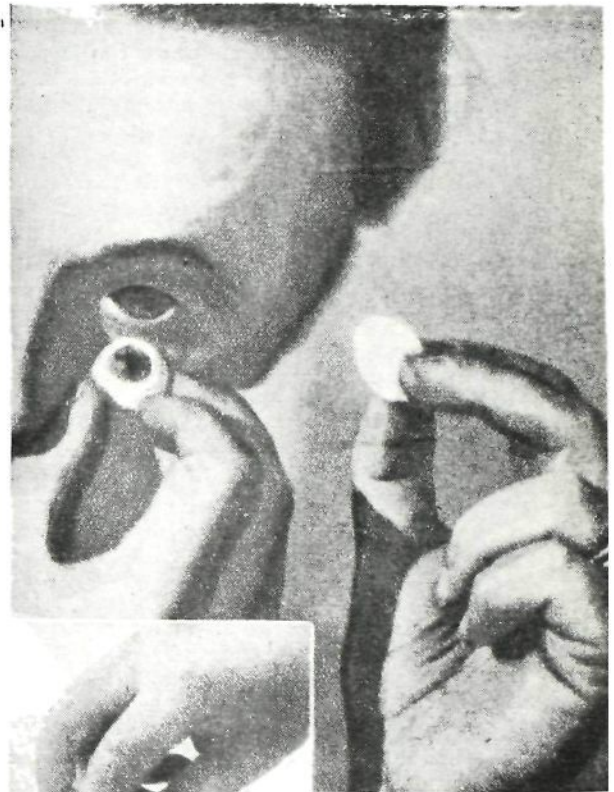


...das las cerillas en diferentes ta-
...s, pueden ser una advertencia
lo conocida por el destinatario.

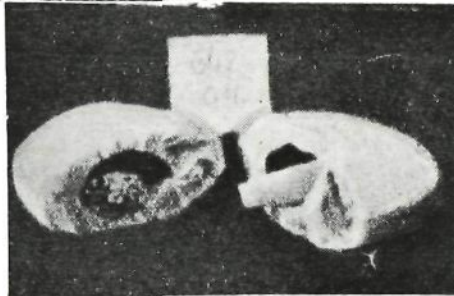
¿La aventura? ¿El de-
ber? ¿Qué arrastra a los
hombres a espiarse en
la guerra? Necesidad
táctica donde se emplea
a los dudosos, a los fuer-
ra de ley, a los intrépi-
dos, a los simuladores.
El espionaje internacio-
nal está servido por un

ejército de hombres y mujeres, que en nombre de la patria, acechan el
robo y la confidencia. Desde la tinta simpática hasta el ojo de vidrio, la
señal y el contrabando de indicaciones se han desarrollado infinitamente.
Son las cerillas cortadas desiguales las que llevan en sus cabos los mo-
vimientos del enemigo, o los calados del encaje de un pañuelo, o las no-
tas de música de un pentágono que, en vez de música, da la posición
concreta de una batería. Los elementos de ocultación llegan a veces a pro-
ducir esa angustia de lo inevitable del engaño. Los agentes secretos
se filtran por las paredes, destapan las casas, vuelven los sitios más ocul-
tos de la memoria del enemigo. Así, de ese modo, se entabla el espiona-
je y la caza del espía. En tiempos fronterizos a la guerra todo se vuelve
sospechoso. Los tranvías viajaban en el 1914 con la advertencia: "Las
paredes oyen". No hay que hablar ni al hermano, ni al marido, ni a la
amante, ni a los extraños. Luego, esos seres misteriosos caen en la red
tenían miedo antes no lo suelen tener después y marchan a la muerte,
como la Mata-Hari, con el vestido nuevo, guardada por una 'son-
risa. Pero ya todo se ha hecho sospechoso. También se fu-
silan por los caminos a otros hombres sin culpa. Ejecuta-
dos sin formación de causa. Por los caminos, árboles y
postes pueden hablar de muerte. ¿Pero qué no puede ha-
blar de muerte en la guerra? Los relatos de los espías pro-
curan hacer novelescos sus libros. ¿Quién los iba guiando,
despertando sus instintos, llevándolos, seguros, a un fin
desastroso? El país que los pagaba. No tenían más razón
que esa razón de venderse. Alemanes al servicio de Fran-
cia, franceses al servicio de Alemania. Resultado: la gue-
rra deja sobre la tierra, en cada hoyo, más muertos; las
confidencias sirven para hacer morir mayor cantidad, para
arrasar con más probabilidades, para que la gran indus-
tria construya más proyectiles, para que la Bolsa mantenga
sus valores intactos, para que la burguesía baile sobre
las entrañas de los muertos.

Como
el
ojo
de
un
tuerlo
puede
contener
un
mensaje
secreto.

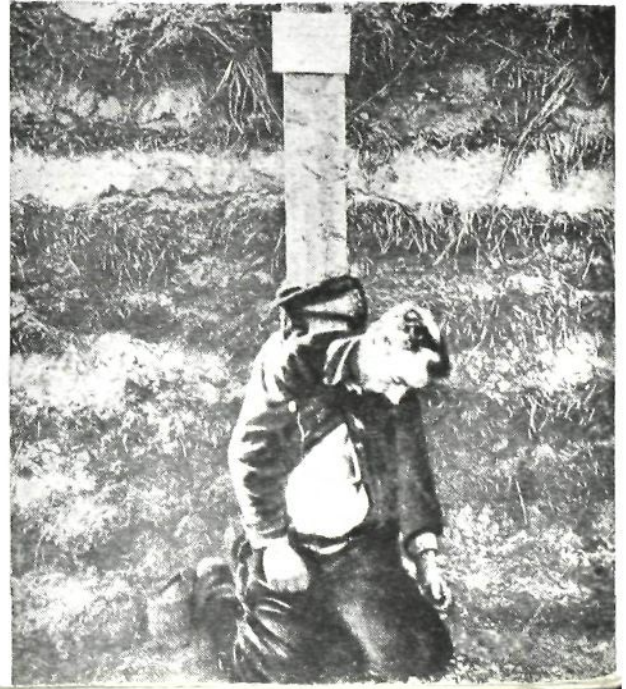


No son
gemelos,
pero sí
un pequeño
aparato
fotográfico.



Una pastilla de jabón utilísima para quien
sabe guardar dentro de ella un secreto.

Campesino
fusilado
sin
formación
de
causa.



La literatura y la preparación de guerra

En el curso de una entrevista con la primera delegación obrera americana que fué a la U. R. S. S., Stalin dió la característica siguiente de la teoría de Lenin sobre el imperialismo: "Marx y Engels han dado, en "El capital", el análisis de las bases del capitalismo. Pero Marx y Engels vivían en la época de la dominación del capitalismo pre-monopolizador, en la época de la evolución regular y de su expansión "pacífica" por el mundo entero".

La altura del desarrollo alcanzado por el capitalismo no es más que una ascensión al borde de un precipicio. "Cuanto mayor es el desarrollo capitalista, más agudamente se nota en el mundo entero la insuficiencia de materias primas y es más encarnizada la lucha por las colonias." (Lenin.) Y más frecuentes los conflictos armados para conquistar mercados nuevos y colonias nuevas. La burguesía imperialista multiplica toda clase de "pactos", "tratados", "ligas" y "ententes", pero esa precipitación, ese estrépito en torno a "la lucha por la paz de los pueblos", no es más que una forma especial de la preparación de la guerra de rapiña.

Escribe Lenin: "Los tratados de paz preparan la guerra".

La literatura de guerra, de militarismo y colonización, ocupa un lugar preponderante en la literatura actual. Estos artistas, que dan un sentido de experiencia al recuerdo de la guerra, adiestran al mundo para los futuros conflictos.

Son los representantes del odio, del militarismo, de la esclavitud.

Rudyard Kipling puede, con buen derecho, considerarse como el patriarca de esta literatura del odio.

Kipling empezó a escribir entre 1880-1890. Describía sobre todo el país que llaman "La perla de la corona de Inglaterra" y ante todo la figura del colonizador, del oficial, del soldado inglés. Al lado de ellos coloca el soldado indio que realiza la política del imperialismo británico.

Se puede también conocer el lado más importante de la ideología de Kipling: el carácter sanguinario que caracteriza a los artistas del imperialismo, su canibalismo moderno vestido de oropeles esteticistas.

Así, en su libro "Con los centinelas", describe las delicias de destruir una tribu sublevada.

El indio, para Kipling, es un ser inferior, condenado por el destino a obedecer sin murmurar a la noble Inglaterra. En "La vena" Kipling nos describe un indio simpático. Pero la explicación de esta simpatía es inmediata y simple: una gota de sangre blanca corre por las venas de Mihirya y es lo que le permite "portarse como un blanco".

Kipling se esfuerza en insuflar valor a la sociedad con la descripción del glorioso pasado inglés y consagra un libro a la Inglaterra de la Edad Media.

Kipling a veces quiere afirmar su democracia.

En algunas novelas critica a los oficiales de administración de la India, pero lo hace desde un ángulo muy curioso. Así, en "La historia de Seadsbay", critica al oficial porque su familia no le dejaba ser un colonizador inglés, firme, estoico, que no recula ante nada.

Una nueva generación burguesa aparece que, compren-

diendo el punto de vista burgués y la experiencia de la guerra imperialista, trabaja por la forma de reemplazar la guerra mundial por otra nueva.

Actualmente se habla mucho en Francia del biólogo Kenton, muerto en 1925. Kenton escribió "Aforismos sobre la guerra" y en ellos demostraba que la verdadera existencia humana son guerras, que la muerte heroica es sobre el campo de batalla y que la guerra es la herencia inevitable del género humano.

La glorificación del sabio, olvidado de todos, del modesto biólogo Kenton, no es un azar. El capitalismo se prepara, ésta vez necesita pintores y escritores. Kenton da una base original a la futura guerra.

El pensamiento de la guerra y su preparación ocupa actualmente el pensamiento de buen número de artistas y escritores burgueses. Georges Valois declara que la guerra es la revolución nacional. Por esto se halla junto a la guerra, porque sólo la nación que recibe la ducha guerrera, estará en condiciones de seguir viviendo. Recordemos la fórmula de Marinetti: "La guerra es la sola higiene del mundo". Lanzada en 1908 esta fórmula, ha sido recogida de nuevo hoy por la moda de la Europa burguesa.

Un escritor americano, K. Michem consagra sus escritos a escamotear la guerra.

Su obra "¿Quién ganó la guerra?", aparecida en 1925, está consagrada, especialmente, a la legión americana fascista. Michem, por boca de uno de sus héroes, Marshal, esboza una crítica contra la guerra. Obliga a Marshal a hacer un discurso, la llama crimen, asesinato, y grita: "No me hables de libertad, de democracia, de ideal". A estas palabras, Michem, opone las palabras de un "verdadero héroe": "No ves que no estamos aquí por el placer de batirnos, ni porque combatamos a Alemania por amor a Francia. Combatimos por la democracia. Hacemos la guerra para que un hombre no pueda lanzar el mundo a una nueva guerra. Nos batimos por hacer todas las naciones repblicas".

La guerra, para el autor fascista, es una aventura y enmascarar impudicamente la realidad, la barniza, embelleciéndola con mucho celo.

En 1930 apareció la obra, no menos característica, de Roland Pertwee: "La persecución", donde se demuestra que la muerte para el bravo no es más que una fuente de elevación y de gloria. En 1929 se publicó, en América, un libro con este título característico. "La guerra abre todas las puertas". Su autor, John Grely, hace juegos de manos para mostrar los beneficios de la guerra. Un obrero huelguista se enrola voluntariamente en calidad de simple soldado; vuelve, por voluntad del autor, ascendido a comandante y, cosa prevista, se casa con una gran heredera. En los últimos años se han publicado centenares de obras análogas y recuerdos de antiguos combatientes. Oficiales, condeles, generales, comandantes, proclaman que la guerra mundial es la obra heroica y patriótica de toda la nación.

Existe una rama especial de literatura militarista: la literatura deportiva. Se ha creado un género nuevo—los cuentos, novelas, poemas consagrados al deporte. Esta literatura atrae a los burgueses y hace atletas, boxeadores,

ciclistas, aviadores. Continúa la literatura de guerra por que prepara nuevos combatientes. Henry de Monterland ha escrito un ciclo de cuentos con el nombre de "Juegos Olímpicos". Monterland declara: "La nueva Europa se crea en los estadios, se forma en los campos de deporte". El mismo Monterland en su gran poema "Marcha fúnebre de Verdún", hace la apoteosis de la guerra. Monterland declara poseer tres fuentes creadoras: la religión, el sport, la guerra.

Henri de Monterland, es uno de los más famosos escritores de occidente en literatura deportiva.

Nuevas batallas se están preparando para apoderarse de los mercados y las colonias. La burguesía piensa atacar, en primer término, el único estado socialista del mundo: la Unión Soviética. Los escritores del capitalismo van haciendo la preparación necesaria, cada uno según sus fuerzas, con calumnias, amenazando a sus lectores con "horribles catástrofes", soltando las bridas de su imaginación.

El coronel Aien Hay, en su novela "El hidalgo pobre" relata las crueldades bolcheviques con una rabia tan violenta que hasta la revista "New-York Times Book Review" duda de la veracidad del bravo coronel. María Moraskaia, en un libro de simpático título, "El pájaro de fuego", con un subtítulo, "Cuentos sobre Rusia revolucionaria", cuenta la sentida historia del príncipe Ivan, que se enamoró de una americana y cuya labor era compadecer los "sufrimientos" del pueblo ruso.

Gabriel Reval nos cuenta en "La carnicería de fuego" la historia no menos triste de un príncipe caucasiense y de sus pozos de petróleo que, naturalmente, fueron arrebataados por esos "sinvergüenzas" bolcheviques.

Bárbara Maryn en "Hacia el fin", habla también de una princesa rusa y de espantosos bolcheviques. Un cierto Edinson Marshal publicó en 1929, un libro sobre el gran patriota que fué el capitán Hansen, aquel que ocupó territorios árticos de la Unión Soviética plantando la bandera americana. Estamos de acuerdo con el "New-York World", que declara que "este libro no vale nada y su autor no hizo nunca nada tan mediocre". Pero el record fué batido por una cierta miss Nankivell que publicó un libro titulado: "Los catorce dedos de San Pedro", sobre un formidable complot bolchevique. Había—según parece—contado los dedos de San Pedro, que parece ser también que están en Rusia, y que contándolos, son catorce. Agrupados, se decidieron a abolir la iglesia ortodoxa. El "New-Statesman" mismo, se indignó contra esta miss Nankivell.

Continuamente reportajes fascistas aparecen contra la Unión Soviética.

La ideología fascista está admirablemente representada en el libro de Henri Beraud: "Lo que ví en Moscú, la roja".

Actualmente una nueva literatura mundial se crea: la utopía fascista.

En Alemania las "utopías" nacen por millares.

La crisis del capitalismo está descrita, por muchos escri-

tores, como la ruina de la humanidad; toman el fin del capitalismo por el fin del mundo. Las novelas sobre el fin de nuestro planeta se multiplican. Cicely Hamilton, en "Theodore Savage", pinta el día odioso en que la última guerra hará morir todo lo que vive y se volverá al salvajismo primitivo. El escritor está muy pesimista. El porvenir, para él, no es más sino el presente agravado en proporciones colosales. Y el presente es la destrucción y la muerte.

"La tierra nueva" de Jacomb, tiene los mismos tintes sombríos. El millonario Smith, se retira del mundo civilizado, funda una nueva cultura en una isla desierta, pero la flota internacional la descubre. Eso ocurrirá en 1958. Hay centenares de novelas así.

La utopía, tan extendida antes de la guerra, de la lucha por un orden de cosas mejor, ha desaparecido.

La gran experiencia de la U. R. S. S., el desarrollo gigantesco del movimiento revolucionario, la construcción práctica de la nueva vida socialista en nuestro país, ha provocado la crisis de este género de utopías. Los defensores del socialismo prefieren no inventar sobre lo que ha de ser, sino estudiar lo que es.

En revancha, la utopía, reaccionaria, burguesa, está en plena floración. Hace todo el gasto para demostrar el hundimiento bolchevique y las conquistas de la burguesía. Así, C. Wiwater, describe bastante bien la guerra nipo-japonesa de 1931-1933, ("La gran guerra en el Pacífico"). El oficial F. Britten Austin en su libro "El dios de la guerra camina de nuevo" ha elegido también el mismo tema. Esta guerra, es verdad, se termina de distinto modo que la del libro anterior: con la revolución en Londres.

Una fantasía asquerosa es la novela "Las camisas azules", de un autor que se firma con tres "J". Es una fantasía sobre la revolución proletaria en Inglaterra, sobre los comunistas ladrones, sobre los heroicos laboristas que trabajan contra este partido, y que, con la policía, ahogan la revolución. Describe de una manera divertidísima el "domingo rojo". Los servicios de distribución de agua no funcionan. Inglaterra muere de sed. No hay gas, no hay leche para los niños, no hay más que fantasía rabiosa del autor. El fin de esta novela está claro: mostrar como espantable el porvenir. Pero esto se tiene que hacer, y se hace, en Francia, América, Alemania...

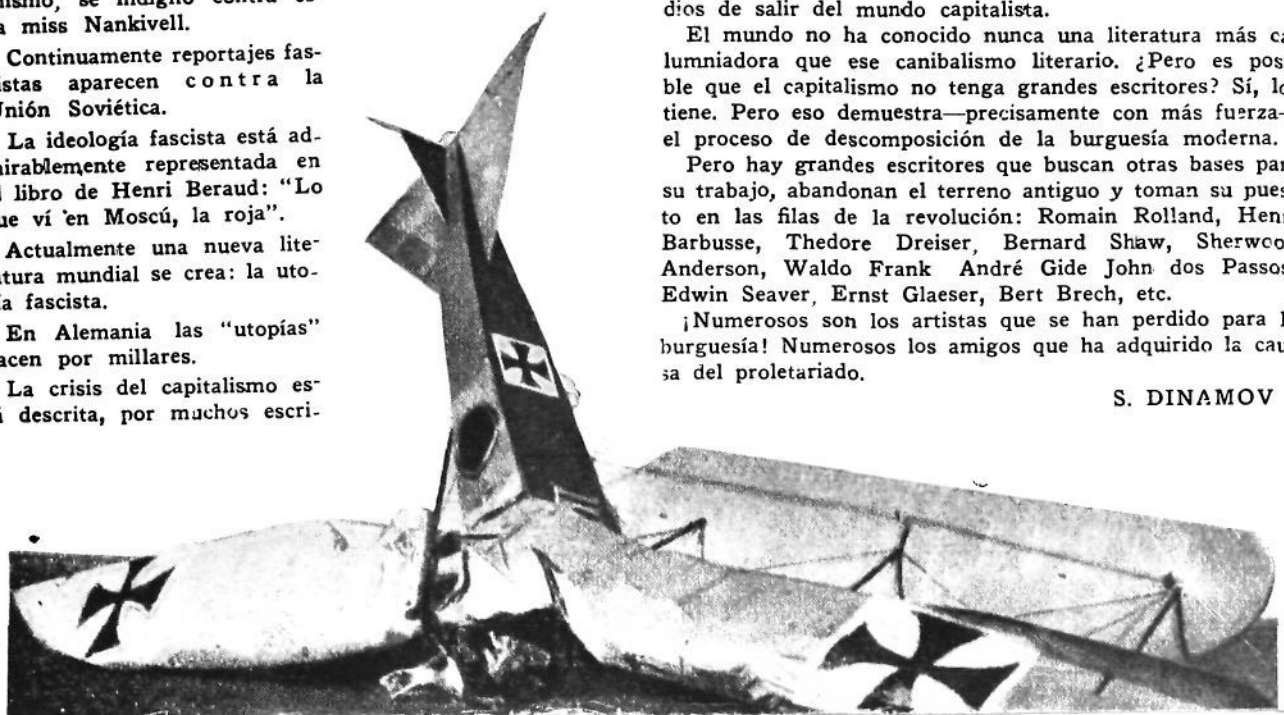
Las novelas militares, "pacifistas", son también un medio para preparar la guerra. Envuelven al lector en una niebla de humanitarismo enmascarando la guerra y los medios de salir del mundo capitalista.

El mundo no ha conocido nunca una literatura más calumniadora que ese canibalismo literario. ¿Pero es posible que el capitalismo no tenga grandes escritores? Sí, los tiene. Pero eso demuestra—precisamente con más fuerza—el proceso de descomposición de la burguesía moderna.

Pero hay grandes escritores que buscan otras bases para su trabajo, abandonan el terreno antiguo y toman su puesto en las filas de la revolución: Romain Rolland, Henri Barbusse, Theodore Dreiser, Bernard Shaw, Sherwood Anderson, Waldo Frank, André Gide, John dos Passos, Edwin Seaver, Ernst Glaeser, Bert Brecht, etc.

¡Numerosos son los artistas que se han perdido para la burguesía! Numerosos los amigos que ha adquirido la causa del proletariado.

S. DINAMOV



Un organillo empieza a tocar en el patio

¿Conoces

el país

que mece la eglantina?

Huyó el águila cuando

la insurrección de Octubre

derrotó a los rentistas.

¿Conoces

el país

donde se abren los ojos

de la infancia al futuro y no sobre el pasado,

en donde la mujer

ya no es más tu sirvienta,

ya no es más tu querida,

ya no es más tu

mujer, pero

si una mujer,

el país sin patronos, sin putas y sin curas,

el país

donde no

tienen dueño las flores,

el país

de las granjas,

mineros,

marineros,

metalúrgicos, tipógrafos, ferroviarios?

¿Conoces el país parecido al amianto,

en donde no es la llama el fin del combustible,

el país de Lenin y de la estrella roja?

¿Conoces el país

de las grandes cocinas?

¿Conoces

el país que brilla en la mañana,

que es rocío en los labios del Africa oprimida,

miel

en el corazón del Asia,

la meta de los negros y el cielo de los blancos?



¿Conoces
 el país
 donde la noche da la mano al día,
 el país
 de la esperanza y la canción que nace,
 el país
 del trigo verde aún del materialismo,
 el país
 que es la pupila del universo,
 la salamandra del sol,
 el país
 de los granos,
 crisol,
 de las semanas,
 el país, el país donde el llanto del mundo
 formará un bello día el diamante del día?
 ¿CONOCES EL PAIS DE LOS OBREROS? (1)

Luis ARAGON



Patinadores
 del
 Ejército Rojo

(1)

Allí la paz trabaja el horror a la guerra.
 Labora allí la paz,
 bloqueada de perros que por dientes enseñan bayonetas.
 Y contra ese país
 se construyen cañones,
 se alimentan caballos,
 se llena el mar de buques,
 el viento de aviones,
 y contra su aire puro,
 contra sus hombres puros se preparan los gases de la muerte.
 ¿Conoces, camarada,
 conoces tu país?
 De él te viene la estrella que en la lucha te guía,
 la fuerza que tu sangre reclama en cada hora.
 ¿Lo conoces tú bien?
 Escucha. Se oyen balas contra la Unión Soviética.

Rafael ALBERTI



¡No tiréis!...

El recitante.—Rusia está en guerra... el Vístula, los lagos de Mazuria, la Galitzia, los Cárpatos, los bosques de Augustovo... ¡Rusia está en guerra! Quince millones de hombres arrancados a su trabajo, a sus familias. ¡Rusia está en guerra...!

1916... Las trincheras de Stokhod.

Trincheras al fondo (un hombre desaparece). Se ven alambradas. La trinchera está recubierta de madera. En las aspilleras hay fusiles. Una escala de asalto. Un periscopio de campaña. Un grupo de soldados fuma. Llevan espuelas y sables. En el periscopio está un observador. Cerca, hendido, un escudo. Canta un soldado: "Escribe, escribe al Zar de Rusia, al Zar de Alemania".

Pasan dos enfermeros con una camilla. Les sigue un hombre con una pala. Los soldados, en silencio, se santiguan.

Arkhipov.—El regimiento de Preobrajensky ha estado aquí antes que nosotros... ¡Cuántos muertos...! ¡Y son de los forzudos! Por ejemplo, la primera compañía se zampa tres libras de pan con su té, ¡Cuándo han ido al ataque? Al empezar la noche. ¡Cuánta preparación de artillería? Sólo remover un poquito la tierra y nada más. ¡Y qué tiro? Cinco de alza. Las alambradas alemanas han quedado íntegras. Cuatro filas

Voz primera (amargamente).—El soldado ruso es fuerte, arranca eso con la mano.

Voz segunda.—Por eso lo arranca con la mano y los siegan.

Arkhipov.—La cosa ha sido así. Los soldados de Preobrajensky han ido al asalto por la noche. Silencio absoluto. Prohibido gritar: "¡Hurra!" Se acercan a las alambradas y se ponen a cortar. Los alemanes miran. ¡Y qué ven? ¡Montañas avanzando! Vaya hígados. Creyeron que era la caballería... son verdaderamente duros esos Preobrajensky. *(Hace un gesto sobre su cabeza).*

Tercera voz.—Cuando hagan la guerra un poco más, ya se encojerán...

Primera voz.—Esta mañana corría una liebre entre las alambradas, y nos pusimos a tirarla.

Segunda voz.—¿La alcanzásteis?

Primera voz.—La atacamos, se defendió, y al fin se tumbó. Pero para cobrarla, ¡ay! Los alemanes te hubieran dado buena liebre.

Tercera voz.—La liebre no es cosa rica.

Segunda voz.—¿No querías comerte una ahora?

Pasa un herido, el brazo vendado, con sangre.

Primera voz.—¿De qué escuadrón?

El herido.—Segundo.

Primera voz.—¿Qué ocurre por allí?

El herido.—Nos riegan con artillería pesada. No podemos más. Dejaremos todos la piel. Las trincheras están deshechas por los morteros. *(Se aleja).*

Segunda voz.—Pronto vendrá nuestro turno

Tercera voz.—No seas mal agüero. Nadie te toca, déjanos en paz.

El escudo tiembla a balazos. El observador se ladea.

Primera voz.—¿Cómo aciertan! ¡Demonios, tienen fusiles de larga vista! De todo se enteran.

En la vuelta aparece el oficial Ixe con un sargento. Los soldados se levantan, pero no saludan porque ya le han visto varias veces durante la mañana.

El oficial.—Tendremos que ponerlo en el parapeto. no hay remedio es imposible. Si pasa por el consejo de guerra aún será peor, *(irritado)*. ¡Sinvergüenza!

El sargento.—¿Dónde le colocamos, mi teniente?

El oficial (mostrando el parapeto).—Allí.

El sargento.—¿Allí, mi teniente?

El oficial.—Sí.

Los dos desaparecen

Primera voz.—Es para Vanka Syssoiev.

Segunda voz.—¿Por qué motivo?

Tercera voz.—Ha colocado una bofetada al jefe del pelotón. Ese bestia se ponía insoportable.

Segunda voz.—Bueno; que suba. No se estropeará.

Primera voz.—¿Cómo? ¿Allá arriba?

Tercera voz (incrédula).—Bromeáis.

Entran el sargento y Syssoiev

El sargento.—Syssoiev, al parapeto por una hora.

Syssoiev (saludando).—¡Bien!

Sargento (temblorosa la voz).—Vamos, trepa, es la orden. Si no irás al consejo de guerra y te condenarían a muerte. Aquí, puedes salvarte. Vaya, valiente, reza.

Los soldados no pueden creer a sus oídos y abren los ojos estúpidamente. Syssoiev se mantiene firme como corresponde a un dragón de su Majestad. Pausa.

El sargento.—Sube, hombre, sube, si no tendré que responder por ti y nos fastidiaremos los dos. Trepa. *(Le empuja, temeroso)*. Vamos, sube, no estarás más que un momento... Iré en seguida a decir que está todo terminado. *(recula y entra diciendo)* Sube, Syssoiev, sube... *(Desaparece.)*

Cae la tarde. Syssoiev contempla la escala de asalto. Dos balas golpean el escudo. El observador se inclina. Syssoiev se aprieta la gorra y busca, con su gesto habitual, si la escarapela está en su sitio.

Syssoiev.—¡Adiós, mi país! Dios sabe bien que esto es injusto.

Los soldados se callan. Syssoiev sube al parapeto. Una bala golpea el escudo. El observador tiembla. Los soldados se precipitan a los fusiles. Ruido de culatas. Syssoiev está ya sobre el parapeto. En el horizonte se dibuja su silueta. Otra bala golpea el escudo. Syssoiev baja la cabeza, después se yergue y queda inmóvil, en posición de firmes. Aún dos balas: pac, pac.

Soldado primero (a los otros).—No tiréis vosotros, que van a tirar más fuerte.

Soldado segundo.—Le van a matar...

Traen un muerto. Los camilleros no ven a Syssoiev.

Tercer soldado.—¡Dios padre...!

Otra bala: pac. Syssoiev agacha la cabeza entre los hombros.

El observador.—¡Eh, allí! Los alemanes hacen gestos. Mirad.

Se agolpan los soldados a las aspilleras. Es de noche. Del lado alemán, una voz difícil de distinguir.

La voz.—Kamrad Wir wollen nicht schiessen. No tirad. No tirad.

Los dragones (escuchando. Luego, a gritos). "Kamaradas, soldados. No tiréis " ¡El reflector!

Una luz blanca envuelve al dragón de Su Majestad, y los otros dragones, que empiezan a comprender, levantan sus brazos inmensos. Una voz lejana, del lado alemán.

La voz.—Genossen, camaradas...

Murmullos de los dragones.—¡Gritan camaradas! ¡Y no tiran!

Entra el sargento.

El sargento (nervioso).—¡Syssoiev vivo! Baja. ¡Ay, mi valiente!

Syssoiev no baja aún, espera otra orden. La luz blanca del reflector le envuelve. El sargento ordena: media vuelta a la derecha. Syssoiev da media vuelta y, salta a la trinchera. Pasa la camilla con un muerto.

Primera voz.—¿Qué escuadrón?

Segunda voz.—Segundo escuadrón siempre. Desgracia.

El sargento acaricia a Syssoiev.

Syssoiev (vuelve la cara y se dirige a alguien invisible).—Camaradas, ¿no?

La Revolución

El recitante.—Marzo, 1917. Ya han arreglado al Zar su cuenta. Libertad. Primavera. Todo hierve.

La Marsellesa.

El corazón de los soldados espera noticias. Espera el fin de la guerra. ¿Qué ocurre?

Consejo de guerra

Semioscuridad. Un tapiz verde. Tres oficiales y una mesa. En el centro, el oficial Ixe. Sobre su pecho, la orden de San Wladimiro. Ante la mesa, un soldado. En su pecho, la cruz de San Jorge.

El presidente.—¿Su nombre?

El soldado.—Ivan.

El presidente.—¿Qué unidad?

El soldado.—Flegotov Kostrov.

El presidente.—¿Qué unidad?

El soldado.—Soldado del 458 regimiento de Infantería de Sudjansk.

El presidente.—¿Ha jurado usted fidelidad al gobierno provisional?

El soldado.—Me han hecho firmar un papel.

El presidente.—Acusado Kostrov, está usted detenido por haber rehusado tomar parte en la ofensiva y por excitación a la rebelión. Puede elegir quien le defienda.

El soldado (dulcemente).—¿Y quién puede defenderme aquí? No necesito nada.

El presidente.—Acusado, ¿qué tiene que declarar?

El soldado.—Estoy en las trincheras desde el principio de la guerra. Hace ya tres años. La libertad ha llegado. Necesitamos la tierra. Pero ¿qué haré con la tierra si muero, si me matan en un ataque? ¿Por qué nos batimos? ¿Quién manda aquí? El coronel ha gritado en la reunión: "¡Canallas!, os he azotado hasta aquí y continuaré haciéndolo, con cincuenta vergas a la vez". "Hoy, dijo, es la bandera roja, pero mañana será la negra o la verde." Hemos pedido el relevo del coronel, pero ¿qué puede el comité? Está lleno de enemigos y no dice la verdad

El presidente.—Acusado, vuelva a los hechos.

El soldado.—Digo lo que sé.

El presidente.—Acusado, ¿tiene algo que añadir?

El soldado (dulcemente).—Estamos cansados de sus derechos. Ya duró bastante el viejo régimen. Y además van a atacarnos, a deshacernos. Soy explorador y sé cuántas líneas de alambradas hay. Si salimos nos matan. ¿Y la tierra? ¿Para quién será la tierra? Ya veo lo que quieren nuestros jefes. Todos son viejos.

El presidente.—Acusado, siéntese. Todo el mundo debe respetar las leyes del Estado Ruso y los decretos del gobierno provisional. El tribunal va a votar. La sentencia depende de la mayoría. Capitán, tiene usted la palabra.

El capitán.—El asunto está claro. Es un cobarde. (*El soldado mira involuntariamente su cruz*). Un desertor. Un culpable. Pena de muerte.

El presidente.—Mi teniente.

El teniente.—La desgracia de la patria son estos hombres podridos de propaganda. Envenenan la atmósfera moral del ejército. Pero confío en el soldado ruso. Estuve en Galitzia en 1914.

El presidente.—Abrevie.

El teniente (trémulo).—Lo que está pasando es natural. Frente al enemigo no se puede consentir la desmoralización. Además, la política... Voto por la necesidad.

El presidente.—¿Cuál?

El teniente.—Podría tener en cuenta circunstancias atenuantes, pero evidentemente no puedo.

El presidente.—Le comprendo, mi teniente. Está usted en principio contra la pena de muerte, pero una voz se abstiene: la mía (*Pausa*). Acusado, levántese. La causa ha terminado. El consejo de guerra del 14 Cuerpo, de ejército, por mayoría de dos votos contra uno, condena a Kostrov Ivan Flegontovich, cabo del 458 regimiento de Sudjansk (*pausa*) a la pena de muerte.

Tambores. Cae la tarde.

El recitante (al público).—Esta era la libertad del gobierno provisional. La condena de un soldado porque rehusó batirse por intereses extranjeros, no fué cumplida por sus hermanos. Los oficiales voluntarios de Kornilov le fusilaron. No le dieron tiempo para decir adiós. No le dejaron mirar cara a cara a sus verdugos. ¡Camaradas que vivís! Acordaos de esos jefes y, cuando los encontréis, apuntadles al corazón.

Octubre llega. 1917. Año inolvidable. Sobre el frente alemán empieza el éxodo de las trincheras. La guerra ha terminado. Basta. ¡LA TIERRA LLAMA A SUS HOMBRES!

Vsevolod VICHNEVSKI (1)

(1) V. Vichnevski es en la actualidad redactor de una revista de la flota roja. Durante la guerra civil, sirvió en una sección de ametralladoras en la caballería roja de Budiony. Su primera obra literaria—"La Caballería de Budiony"—le colocó entre los primeros escritores proletarios de la U. R. S. S. Publicamos dos escenas en las cuales el autor nos presenta algunos de los episodios más patéticos del frente ruso-alemán en la guerra europea.

Budiony, es en la actualidad, general en jefe de la caballería del Ejército Rojo.

Las Colonias

Marruecos

¿Hay paz en Marruecos? Nunca hay paz en el proceso de una dominación. Toda dominación, cualquiera que sea su estado, es siempre un hecho de guerra y de violencia. Esto quiere decir que en las relaciones entre el imperialismo y sus colonias no existe la paz. Paz es, en el lenguaje imperialista, una palabra con un sentido convencional: significa un cierto grado de sumisión. En efecto, cuando en el país sometido no existe un cierto grado de rebeldía que se necesite movilizar ejércitos y extremar crueldades para dominarlas, se dice que reina la paz.

Las represiones de la policía indígena, la tensión constante de todos los resortes de dominio, la barbarie de los ejércitos opresores; los castigos, las crueldades, los asesinatos caprichosos, todo esto es paz, todo esto es dulce y apacible paz de paraíso para la concordancia convencional—hecha a mayores monstruosidades—de la sociedad burguesa-capitalista, que en la época actual impone su dominio.

Pero nada de esto es verdad. En las relaciones coloniales la paz no existe ni puede existir; sólo existe la guerra. Esta guerra estable, latente, persistente, tiene diversas fases que corresponden al grado de rebeldía del país oprimido; unas veces la guerra es sorda, callada, aparentemente minúscula, sin cohesión guerrera, en radios privados y locales. Otras veces, este estado de protesta, de guerra, se agudiza más, encuentra un cauce y una disciplina, se hace más fuerte, más enérgico, y estalla y se desarrolla en forma que el país dominante clasifica de guerra.

En Marruecos, pues, no existe la paz. Estamos en una fase más tranquila de la guerra. Cualquier día—porque este es el proceso natural de todo colonizaje—la conciencia de la opresión encontrará un eco unánime en la energía de un jefe, y se repetirá la historia dolorosa de la dominación en Marruecos. Porque del sentimiento nacional en el indígena marroquí ya debe tener idea España después de todo lo pasado.

España sirve en Marruecos más que a su propio imperialismo al imperialismo absorbente de Francia y de In-

Presupuesto de la defensa nacional de España:

Guerra, 554.903.481. Aumento de guerra, 22.182.952.

Marina, 261.834.324. Aumento de Marina, 29.782.952.

Guardia civil, Asalto, Policía, Seguridad y Confidencia,
215.732,274. Aumento, 36.998.999.

Hospitales, 970.000 pesetas.

glaterra. En realidad, el capitalismo español no ha extendido sus redes dominadoras por Marruecos en la medida que otros países la extienden en sus colonias. Esto se debe a la pobreza de nuestro capitalismo y a la pobreza de Marruecos. Nuestra acción es allí más bien política, de estrategia y de equilibrio entre dos imperialismos extranjeros, que capitalista, de expansión y de dominio burgués.

Un régimen feudal primitivo, como organización y una tributación sin escrúpulos por parte del Estado dominante, crean en Marruecos una miseria extrema que, unida al sentimiento nacional, continuamente exasperado, fomentan la protesta justa y crean los elementos de rebeldía y el deseo natural de organizarse en nación libre.

Pero, naturalmente, sólo un régimen comunista reconocería a Marruecos este derecho a la nacionalidad, por el principio que mantiene el comunismo de que los pueblos pueden disponer de sí mismos en cualquier forma y en cualquier momento. Un pueblo que oprime a otro—dice Marx—no puede ser libre.

Aparte de lo que puede llamarse guerra de la paz—guerra permanente de la colonización—, cualquier día, que puede ser próximo, tendremos en Marruecos guerra de la guerra, porque los indígenas querrán librarse de dominios, de miserias y de crueldades. Es justo.

Para entonces, los trabajadores deberán estar preparados y dispuestos a ponerse al lado de la justicia que es defender la nacionalidad de los pueblos oprimidos, frente a la rapiña y la ambición de los imperialismos, siempre insensibles a la respetable humanidad de los débiles.

César M. ARCONADA

Truenos largos, opacos, llegan desde la lejanía indefinible. ¿Las baterías de Tistutin? ¿O es que comienza la tormenta? Porque el cielo amenaza con todas sus furias, desde el negro carbón del horizonte, borrado y prolongado por unos dedos sucios, hasta el dosel que sobre su cabeza van colocando unas nubes veloces y granujentas como humo de locomotoras. ¿Y la llanura? Quedan diseminadas las mismas sombras largas, lívidas o negras que antes no se apreciaban bien en el tumulto. Viance se siente inmobilizado. Rumores lejanos de tropel le hacen contener la respiración y aguzar el oído. No consigue identificarlos y, tumbándose en tierra, aprieta la oreja contra el suelo. Son caballos al galope. Un estrépito de triunfo conmueve la tierra y se trasmite por los tensos nervios. Sobre el aire quieto, casi inmóvil, que ahonda el silencio y abre en torno a los cadáveres sus hornacinas de vidrio sucio, ese tropel trae violencias gallardas y lo precede una brisa de espuma y hierro. Hierros ágiles, victoriosos. Ese rumor lejano lo traen los triunfadores, los poderosos. Ni moros ni españoles. Seres superiores, ángeles, demonios, con sus corazones y sus espadas de fuego. Muy confortado, intenta salir y reanudar su camino. Treinta kilómetros más, hasta Tistutin. Puede hacerlos, con buena marcha, durante la noche. Pero es temprano aún. Hay demasiada luz; todavía pululan sombras sospechosas. Las tinieblas van llegando de las lejanías, de prisa, cercándolo, estrechándolo cada vez más, y llega un momento en que se detienen, en que no avanzan más: es ya de noche. Queda la llanura hundida en un doble misterio, y al alzarse y querer avanzar, las sombras retroceden. El tropel llega, se acerca. Una brisa caliente agita las greñas de un muerto y luego las de Viance. Se estremece, siente más aguda esa pesadez muscular de reuma en el hombro. A la vuelta de una colina aparece inesperadamente el tropel. Jinetes doblados sobre el arzón, patas de acero redoblando y arrancando chispas de las piedras. Viance, cuerpo a tierra, no alcanza a averiguar quiénes son, de qué se trata. Al frente alguien alza el brazo, y resollando paran y siguen al paso. No hay nadie en la llanura. Sin duda esperaban cargar y llevarse por delante una multitud. Surgen como latigazos tiros de aquí, de allá. *Un fardo cae a tierra con pesadez*, y un caballo suelto corre en la oscuridad. El tropel reanuda la marcha al trote, y cuando Viance quiere darse cuenta ha desaparecido y la llanura vuelve a su silencio. Arrastrándose se acerca a la sombra que yace en el suelo inquieta, balbuceando. Es uno del escuadrón de A., que habla:

—¿El caballo! ¿quién eres tú? Anda a buscar el caballo.

El caballo se ha perdido en las sombras. La cabeza, dura, maciza, engrasada por el sudor, se vuelve hacia Viance:

—¿Aun quedan del 42? Sois como las lagartijas: os par-

ten en tres pedazos y seguís coleando. Más de trescientos han quedado detrás de aquella loma.

Viance se entera de que Dríus está abandonado y de que el escuadrón vaga sin rumbo, haciendo lo que puede. Quedarán unos sesenta hombres, y llevan más de treinta horas en la silla. Los animales caen reventados, cubiertos de espuma. No quiere el teniente coronel retirarse; pero aunque quisiera, sería igual.

—Aquí ni Dios se entiende. Yo creo que se ha armao la revolución en España y que se han ido a hacer puñetas el rey, los duques y los obispos. A mí me da igual, porque esto se acabará al amanecer. ¿Cuánto dura un cristiano con un tiro en la tripa? En un hospital, quizá; pero aquí, seis horas—se palpa el vientre y frota el pulgar con los otros dedos—. No sale ni sangre ya.

Se arrastra hacia unos matorrales y apoya en ellos la cabeza. Viance lo mira en silencio.

—Si te salvas, busca a quien tenga la culpa y sacúdele. La vida ya ves tú lo que es. Sólo vale la pena cuando hay un poco de justicia encima de toda esta mierda. Si no la hacen ellos, la hacéis vosotros. Toma este cartucho tan limpio. Lo guardaba pa romperme la sesera; pero se está aquí bien. Guárdalo tú y hazme caso. Busca a quien tenga la culpa y sacúdele, que si hay un Dios ahí arriba, él te ayudará a tomar puntería.

Viance lo recoge y se lo guarda. No acierta a coordinar ideas. Le ha quedado fija la idea de la revolución. ¿También el duque de su pueblo se habrá ido a hacer puñetas? Ríe. El otro pregunta:

—¿Qué te ríes? No es para reírse. ¿O es que estás majareta?

Viance se va refunfuñando y el otro lo llama:

—Soy Benito; de Torres del Guadiana.

Se encoge de hombros Viance:

—¿Y qué?

—Si sales con vida, podías escribir esto al pueblo. ¿O es que vamos a morir sin que nadie se entere?

Se hace un ovillo sobre sus rodillas, da un ronquido largo. Viance no sabe qué contestar:

—Si hubiera agua por aquí te traía una cantimplora.

—Pa encontrarla tienes que andar dos horas y otras dos pa volver. ¡Vaya un remedio! Además, aquel agua está llena de sangre y sesos. Van a beber y los aguardan en una emboscada. A tres del 42 se lo he advertido; pero podía más la sed y allí han quedado, de hocicos en el charco. Han muerto bien hartos, eso sí.

Lo dice comparando su sed con la saciedad de los otros y enviándoles esa última delicia. Añade con una ira febril, con una exaltación momentánea de actor mediocre:

Yo voy a reventar. ¿Oyes? Pero si creen que después nadie va a acordarse de nosotros, se van a llevar buena

sorpresa. Te juro que sí. ¿Has venido de Annual? Desde más allá de las montañas todo está sembrado de hombres con las cabezas rotas, con las tripas al aire. Cada uno tiene su familia, sus amigos, y esa sangre traerá más sangre; acuérdate que te lo dice un veterano. Si vas hacia allá, de aquí a Driús puedes contar los muertos por docenas, y de Driús abajo, por centenares. Tú y yo seremos pronto dos más. no te hagas ilusiones; pero no se va a acabar esto aquí, ni en Tistutin ni en Melilla. Eso querrían quienes yo sé. ¡Ah, la hostia, cómo se equivocan! Tengo veintitrés años. ¿Está bien morir como un perro a los veintitrés años, abandonado de toda esa gentuza? Mi teniente coronel, pa salvar la buena fama de los oficiales que se arrancan las insignias y salen corriendo, está con el escuadrón por ahí día y noche, cazando a los moros a sablazos, chorreando sangre. Los caballos están rabiosos, muerden y cocean; pero las sombras también muerden y te cogen bocados en el cuello, en la tripa. Todos sangran en las rodillas, porque la silla del caballo muerde también, y caen del cielo pájaros que te pasan la cabeza de lao a lao con el pico. Te jodes. Ceriñola. Si no hay agua es porque los camiones se han quedao en el camino. La gasolina es mala, y con todo se la beben en Intendencia. Pégale fuego y verás. Allá hay

tres cabrones soltando cohetes y divirtiéndose; pero no vayas, porque el alcalde te pondrá multa. ¿Qué haces ahí? Tira hacia la derecha, que ahora llega la vieja con unas tenazas calientes!

Un silencio con respiración fatigosa, de sopor. La noche, cerrada, suda bajo la sucia estopa del cielo y huele a muerge. Viance se inmoviliza bajo las voces. Las sombras muerden, es verdad. Ve al otro andar a cuatro patas, gruñendo y cayendo de lado para alzarse después y seguir sin rumbo, como un triste animalejo. Tropieza con unos cuerpos y vuelve a gritar, pero apenas se le entiende. Más allá se agitan las sombras, y Viance retrocede de espaldas, y luego, ya a todo correr, huye hacia Driús. Se siente contagiado de la fiebre del agonizante; pero una fiebre activa y dinámica que le produce casi el vigor de una borrachera. Pisa algo blando y rígido y sacude el pie en el aire sin dejar de correr. Detrás oye un alarido y unos golpes secos de hacha cortando algo blando y duro; las piernas del herido para llevarse las polainas y las botas a lugar seguro. Lo vio hacer ya otra vez con un oficial muerto, al bajar de Annual.

Ramón J. SENDER

El juego de los imperialismos en América Latina y Oriente

Las causas de que, en la actualidad, la independencia de las Repúblicas hispanoamericanas sea sólo una ficción, se encuentran en el momento y en la forma cómo dichas Repúblicas se separaron de la Metrópoli, y más allá todavía, en los factores que intervinieron en su descubrimiento y en su colonización.

La guerra de la Independencia no fué provocada por el crecimiento de una burguesía poderosa cuyas necesidades vitales hubieran exigido el aplastamiento de la monarquía y del feudalismo. La guerra de la Independencia, al fin de todo, no fué sino el desmembramiento de una rama feudal desarrollada al otro lado de los mares, la que, arrastrando a una burguesía en germen, a la clase media y a los campesinos, llevó a cabo su objetivo esencial: no seguir siendo tributaria de la Corona española.

Después de la guerra de la Independencia, el régimen de producción feudal continuaba siendo casi el mismo. El desarrollo efectivo del capitalismo tenía que llevarse a cabo en otra forma: con la invasión de una nueva potencia, que, por otra parte, no había sido completamente extraña a la

empresa de la Independencia: la Gran Bretaña, en el cenit de su desarrollo industrial y financiero.

Fueron, pues, los capitales de la City y, en consecuencia, su influencia política, los que tomaron la tutela; los que comenzaron una nueva era de explotación en ese mundo del que acababa de ser desalojada España. El monopolio de la ingente riqueza de las flamantes Repúblicas fué, durante muchos años, exclusivo, de la Gran Bretaña, a pesar de que la expansión del capitalismo norteamericano comenzaba sus tímidos intentos de penetración.

La guerra de 1914 vino a cambiar profundamente la situación. Es, en ese período, cuando el empuje de Wall Street adquirió una fuerza irresistible, y la América del Sur quedó transformada en un vasto campo de lucha imperialista.

Durante todos estos últimos tiempos, Inglaterra no ha hecho más que ir perdiendo poco a poco sus posiciones. El monopolio del petróleo y de otros minerales, la explotación de empresas industriales, han pasado a las manos de los Estados Unidos en Venezuela, Colombia, Ecuador,

Perú, Chile; todo lo largo de la costa del Pacífico. Inglaterra ha tenido que replegarse a la del Atlántico. La Argentina y el Brasil son sus últimos baluartes.

Pero este abandono de posiciones no quiere decir, de ninguna manera, que Inglaterra haya renunciado definitivamente a sus privilegios. Lo ha hecho ante el empuje arrollador del capitalismo yanqui. Pero, en idéntica forma que los mismos Estados Unidos proceden respecto del Japón en Manchuria y en China, Inglaterra maniobra en secreto y sin descanso, esperando el momento propicio para tomar la ofensiva contra su enemigo mortal.

El forcejeo de estos dos grandes imperialismos disputándose el terreno en América, produce toda esa serie de fenómenos ante los cuales sonríe burlonamente Europa, pero que constituyen, en realidad, una tragedia inmensa: los semanales golpes militares, los cambios vertiginosos de gobiernos, el entronizamiento de verdaderos monstruos de ignorancia y de ferocidad—casos de Gómez, Machado y el bien desaparecido Sánchez Cerro—y, por último, el desencadenamiento de odios y de guerras entre pueblos vecinos, tales como Bolivia y el Paraguay.

No es una simple casualidad el hecho de que en China y en América se hayan producido casi al mismo tiempo los chispazos que pueden originar el incendio de una conflagración mundial. Ellos no son sino el efecto inevitable de las mismas causas: la lucha encarnizada de los grandes invasores para sacar la mejor parte en dos regiones riquísimas del mundo.

En China, el Japón, aprovechando la coyuntura que le brinda el desastre económico y las contradicciones de sus rivales de Occidente, ha tomado la ofensiva y sigue persiguiendo al imperialismo yanqui en retirada; Manchuria, donde Wall Street tenía invertidos ingentes capitales, ha entrado de hecho a formar parte de las colonias del Gran Imperio de Oriente. China está en vísperas de hacerlo.

Bajo distinta forma, pero constituyendo un todo orgánico, el juego de los imperialismos se presenta claro tanto en Extremo Oriente como en América del Sur. El apoyo disimulado que Inglaterra presta al Japón en la invasión de Manchuria, es el desquite de los rudos golpes que va recibiendo del puño del Tío Sam en América.

Así no se va sino preparando el terreno y la hora de la gran batalla en América. Batalla mortal, no sólo por intereses puramente económicos, sino también estratégicos de primer orden. El Canal de Panamá representa para la potencia del Norte, la llave principal de su dominio en el Pacífico. Y este dominio se encuentra amenazado no sólo del lado de Inglaterra, sino también del lado del Japón, cuyas declaraciones por boca de sus primeros ministros y jefes de Estado Mayor, no han podido ser más explícitas a este respecto. De allí el afán frenético de los Estados

Unidos para sentar bien sus plantas en todo lo largo de las repúblicas hispanoamericanas. Las colosales fortificaciones, las centenas de cañones apostados entre los árboles, las impresionantes escuadrillas de aviones de bombardeo que se ven a toda la extensión del Canal, no están allí solamente para aterrorizar espectacularmente a los viajeros que lo atraviesan. Están allí esperando el momento de la gran catástrofe.

De esa gran catástrofe que se prepara febrilmente no sólo en Europa y en el Extremo Oriente, sino también en toda la América. La prensa europea está allí para ilustrarnos copiosamente sobre el particular. Holanda, Bélgica y Suiza están materialmente abrumadas de pedidos de armas y municiones provenientes del Brasil y la Argentina. Todos sabemos que México acaba de firmar un contrato para la construcción de dieciséis acorazados en España. Colombia ha hecho ya varios empréstitos de millones de pesos destinados a armamentos; el Japón ha facilitado al Perú una suma de 20 millones de dólares, que irán a parar a las Arcas de Nueva York, a cambio de aeroplanos y fusiles. Y los Gobiernos de Bolivia y el Paraguay, movidos por las fuerzas ocultas de Londres y de Wáshington, van empeñando ya sus últimas riquezas a fin de que la carnicería humana continúe en esos campos vírgenes del trabajo del hombre.

En 1914, los contrachoqueos de los intereses de los grandes imperialismos europeos habían caldeado el polvorín de los Balcanes, en la misma forma que hoy van encendiendo chispazos en Oriente y América Latina. No tendría nada de extraño que en cualquiera de esos puntos comenzara el gran incendio que ha de extenderse a todos los continentes de la tierra y entre cuyas llamaradas tendrá que volverse ceniza, inevitablemente, el monstruo insaciable del capitalismo.

Armando BAZAN

El
terror
blanco
en
China.



Un mitin

Una muchedumbre de campesinos y proletarios llenaba la plaza del pueblo, oyendo el mitin.

Las últimas palabras del último orador sonaron desde un balcón, que era la tribuna:

—El imperialismo capitalista se cae baldado al suelo y quiere hacerse unas muletas de nuestros huesos: ¡Proyecta la guerra! ¡Camaradas, la guerra, no! ¡Todos los explotados, contra la guerra! ¡Porque la guerra la están tramando los que nos explotan, para asesinarlos a millones de trabajadores, y de esta forma solucionar el problema que más les espanta: el de los parados! ¡Frente único de los trabajadores, contra la guerra! Camaradas, todos unidos con estas palabras grabadas en nuestros pechos de hierro al rojo: "Transformaremos la asesina guerra capitalista en la reivindicadora revolución de los trabajadores".

Una voz de mujer salió atronadora de entre la masa:

—¡Viva la revolución!

Un viva frenético salió de todos los trabajadores congregados en la plaza. Y la ovación surgió delirante.

Cuando volvió a dominar el silencio, rugió una voz masculina:

—¡Muera la guerra!

—¡Mueraaaaaaaa...!

Aquel muera colectivo, que lanzaba la masa, parecía que no iba a terminar nunca. Daba la idea de que cada uno de los trabajadores allí congregados se había abierto un grifo en el pecho y que se desangraba en odio contra la guerra para formar un mar y anegarla. Pero un viejecito que apareció en el balcón le puso fin. Su brazo en alto demandaba atención.

—¿Qué irá a decir el tío Azafrán?—se preguntaban unos a otros.

El tío Azafrán no figuraba en la lista de los oradores. En su larga vida no le había hablado nunca al público. Esto lo sabían los que estaban reunidos en la plaza, y por eso les extrañaba verlo en el balcón, con su gorro de piel de perro, su chaqueta raída de pana negra y sus pantalones de dril llenos de remiendos pardos, menudito, y el brazo en alto, en ese gesto ya legendario que tiene Lenin en una estatua.

—¡Compañeros!—empezó diciendo cuando se hizo el silencio—. Todos los que estamos aquí somos compañeros. ¡Porque todos somos trabajadores! Y estos hombres que han venido de fuera para hablarnos, también son traba-

jadores. Así es que todos los que estamos aquí juntos somos ovejas de la misma tenada. ¡Aquí no hay ningún lobo! Los lobos están escondidos en sus casas, porque les dá miedo vernos juntos a tantos hombres del trabajo. Yo no sé hablar delante de tanta gente. Yo no sé dónde tengo la mano derecha. Yo no he sabido en toda mi vida nada más que dejarme la asadura pegada a la tierra, trabajando, para que más de cuatro sirvergüenzas echen panza y compren buenas haciendas. Pero hoy, el pecho se me revienta, y voy a hablaros de una cosa que ha hablado este compañero. ¡Voy a hablaros de la guerra! ¡Porque de eso sé tanto como de trabajar en la tierra! Malo es que nos exploten y nos quiten la piel a pedazos los amos. ¡Hay muchas cosas malas para los pobres en esta vida! Pero yo os digo que no hay nada tan malo para los pobres como la guerra! ¡La guerra es lo más horroroso que hay para el pobre! Os lo dice un hombre que os puede hablar mejor de ella que el primero. Yo estuve en la guerra de Cuba. Cuando Maceo, Weyler y toda aquella gente. ¡Cuando decían que a Cuba la habían vendido los españoles! ¡Ni a Cuba, ni a Francia, ni a ninguna nación la vende nadie! ¡Lo que se vende es la carne del pobre! Yo estuve allí, y pasé la fiebre amarilla. ¿Véis estas manchas negras que tengo en el pecho, que parecen cardenales? ¡Pues son balazos que me dieron los mambises! Todavía anda por mis riñones una bala que cada vez que hay mudanza en el cielo me deja que no puedo moverme. ¡Me deja que no puedo echar un jornal! Bastantes veces que me he quedado sin comer por ella. Vi allí los pasajes más amargos que pueden pasar las criaturas. Y siempre los que nos mandaban nos decían: "¡Ale, ale, adelante, a defender a la patria contra nuestros enemigos. Porque tenéis que saber que Cuba lo es también!" Y yo digo que todo eso son cuentos. Los soldados que se pelean en las guerras no son enemigos. ¡Porque todos son hijos del trabajo! ¡Son hermanos! ¡Los enemigos son los que nos mandan! ¡Y no hay más patria que una: que es toda la bola de la tierra! Así es que si os hacen ir a la guerra, no pegarles tiros a los soldados de enfrente! ¡Abrazos grandes, que son hermanos! Y juntos todos a darles los tiros a los que nos hacen daño...

No le dejaron seguir. Los vivos al tío Azafrán y los aplausos surgieron como un huracán potente.

Pero el viejo no quería desaparecer del balcón, y con

el brazo en alto pedía silencio. Por fin pudo hacer oír otra vez su voz:

—¡No cortarme el hilo, carajo! Yo no soy uno de estos que se están un rato callados, mientras les hacéis palmas, y luego arrancan con más coraje. Yo no sé, y me cuesta mucho trabajo ponerme en carrera otra vez. Ahora os váis a tener que esperar un poco a que yo coja el hilo de lo que os iba a decir—pensó unos segundos—. ¡Ah! Os iba a decir cuando me habéis cortado, que no han sido sólo heridas en el cuerpo las que me han dado en la guerra. Las penas más grandes que ha pasado mi corazón me las ha dado la guerra. Tres hijos he tenido, como sabéis muchos de los que os encontráis aquí. A los tres me los han matado en África. Más de lo que yo le he dado a lo que dicen que es la patria, no se lo ha dado nadie. ¿Y a mí que me ha dado la patria? ¡Hambre, amargura y dolor en los huesos! Y, en cambio, don Feliciano, el amo de la hacienda "Las Ternillas", que ha tenido diez hijos hombres, ninguno ha ido al servicio militar. Y él y sus diez hijos están gordos, sanos y con muchas pesetas, más queridos de la patria que el mismo Verbo. No quiero cansaros, porque yo no sé hablar. Para terminar: no derramar la sangre en la guerra. ¡La sangre, si la derramamos, que sea para que no haya guerra y para que a los hombres que trabajamos no nos falte un pan en el cajón de la mesa! ¡Con que estar espabilados, para que si tocan la corneta!... Para nosotros el toque de la corneta de guerra es el graznido del cuervo. ¡Porque los explotadores, como ha dicho el compañero que ha hablado antes que yo, nos llevan a la guerra para matarnos y comerse nuestros cuerpos muertos; ya que les sobran cuerpos vivos! Los que nos comen vivos, que son los que ha dicho antes ése! ¡Claro que les gustan más nuestros cuerpos vivos! ¡Estos cuerpos vivos son los parados! Como nos explotan, son unos lobos; pero cuando nos llevan a la guerra, y nos comen muertos, son unos cuervos. ¡Todos juntos para darles garrote a los cuervos que nos quieren llevar a la guerra! ¡Salud a los hombres buenos!

Ovacionaron frenéticamente al tío Azafrán, y el mitin terminó.

Era en invierno, pero la tarde estaba templada, y los concurrentes del mitin se quedaron en la plaza formando grupos, comentando el acto.

Había transcurrido un cuarto de hora cuando un estrépito de campanas salió de la torre de la iglesia. Todos levantaron la cabeza. Cuatro mozos había asomados a uno de los balcones del campanario. Sostenían entre los cuatro una soga de dos metros, de cuyo extremo pendía un pelele vestido de cura. Con sotana y bonete. Los cuatro mozos, mientras mostraban el pelele, reían a grandes carcajadas.

—¿Habéis ahorcado al cura?—preguntaban riendo los de abajo.

—Hemos estado buscando un cuervo de verdad para empezar a hacer con él lo que ha dicho el tío Azafrán, y como no lo hemos encontrado, os sacamos al cura. ¡Que es también un cuervo!

—¿Lo habéis ahorcado?

Ataron la soga del pelele a uno de los barrotes del balcón y desaparecieron. A los pocos segundos asomaron otra vez empujando a un hombre desnudo, que llevaba por toda ropa un sombrero de teja y una estola al cuello.

—¡Aquí tenéis al cura!

Reían todos a carcajadas. Pero las de las mujeres sobresalían. De uno de los grupos le lanzaron al pelele un disparo. Simultáneamente una voz gritó:

—¡Vamos a pegarle tiros! ¡Nos divertiremos haciendo blanco en él!

Pero instantáneamente apareció otra vez en el balcón de los oradores el tío Azafrán diciendo:

—¡Nadie le pegue un tiro a ese muñeco de trapo! ¡Eso no es de hombres! ¡El coraje y los tiros, para cuando nos hagan ir a la guerra! ¡Eso que han hecho esos cuatro mozos, de hacer un muñeco con la ropa del cura, es una broma de final de fiesta! ¡Se ríe uno con ganas, y nada más! ¡Y el coraje y los tiros guardarlos para cuando hagan falta!

Joaquín ARDERIUS

¡España,

España sobre todas las cosas!

1.—La Bandera

El teniente coronel, el coronel, los cabos, un sargento, los suboficiales, se cuadraron, desarrollaron su brazo hasta el nivel de la ceja; de sus labios salieron respetuosas palabras de silencio.

A lo lejos se extendía una gran avenida de árboles cubierta de polvo; el suelo estaba salpicado de hojas secas; y precisamente por allí era por donde venía el General.

¡El respeto que se debe a los superiores!

¡El respeto que se debe a los superiores!

¡El respeto que se debe a los superiores!

El teniente coronel, el coronel, los cabos, un sargento, los suboficiales, levantaban el brazo hasta la altura de la oreja, apretaban las ingles a los talones, sonreían: ¡Está viniendo el General!

De sus entreabiertos labios, salían escolapios de admiración en honor de su bizarro jefe: ¡La Autoridad, la Patria, la Disciplinal!

Una gran nube oscura, avanzaba por encima del paseo por donde venía la comitiva; era "nuestra amada España", que acudía a contemplar maternalmente a los valientes soldaditos que la defienden, era nuestra tierra querida, la Patria; nuestro país del sol, de ese sol que hace sudar el kilo a los pobres que trabajan, y calienta agradablemente el orondo vientre de los ricos; es nuestra adorada España, país del vino, que los burgueses digieren tan campechanamente, en ociosas francachelas de amigos y amigas, y que los pobres tienen que maltragarse de prisa, aguado y con sabor a ratas, camino del trabajo; es nada menos que el "noble solar hispano", de las mujeres hermosas, de ojos rasgadísimos y agarenos, pero que necesitan, por lo menos, el disfrute seguro de un sueldo de mil pesetas para entregarse al hombre que aman, "con celos de leona en sus quereres", y que tienen, además de los ojos rasgados y negrísimos, un cuerpo rechoncho y unas oceánicas caderas esferoidales, fofas y excesivamente desarrolladas por no hacer ejercicio, porque las chicas decentes no deben salir mucho a la calle, ni mucho menos hacer deporte; "el buen paño en el arca se vende".

Todo esto estaba por encima de la alameda, condensado en el ambiente, y por debajo avanzaba el General, paso a paso.

¡Los brazos bien en alto! ¡Firmes!

¡Presenten armas!

También pasa la Bandera.

El General está cojo, a cada paso arrastra ligeramente una pierna; pero luce su cojera con la gallardía de una condecoración; "ha quedado así por defender la Patria". Le acompañan varios comandantes.

Detrás viene la bandera roja y gualda, ligera, hipócrita, desvergonzada, y como si ella no tuviese culpa de nada. Viene como una frasca de aguardiente malo que es transportada por la oficialidad del ejército burgués monárquico español.

El sol español aprieta con patriotismo. Los militares sudan. De sus sobacos salen zumbidos de alegres canciones.

Un comandante se adelanta dos pasos, da dos sonoros golpes con los talones y dice:

—¡Comando que toquen el Himno Nacional!

El General asiente con la cabeza.

Los trombones, los cornetines de pistón, los bugles, los cornetines de llaves, los fliscornos brillan al sol.

Una hormiga gatea por un clarinete.

El tuba hace desesperados esfuerzos por elevar su instrumento al nivel de los labios. Al fin sale un hermoso sonido. Ha comenzado el Himno Nacional.

En el ambiente vibra una lágrima de emoción.

¡Ahí es nada! ¡Quince siglos de tradición española! ¡Peñay, la expulsión de los árabes, los Reyes Católicos, la conquista de América, Pizarro, Hernán Cortes, Santa Teresa, "yo no mando mis naves a luchar contra los elementos", Cervantes... etc!

En el ambiente sigue flotando la sombra de España: es morena y "celosa como un león en sus quereres".

Seis o siete banqueros, encantados, están escondidos en el hueco de un árbol; otros debajo de un banco; por el cuartel se asoman otros; están mirando el espectáculo. Todos están muy contentos, y se dan estrechos abrazos tipo "¡España, España sobre todas las cosas!"

Miran y miran que pronto viene la guerra; miran y miran sobre todo la gran fuerza persuasiva de los divendidos.

2.—El tonto Juan Regúlez

Juan Regúlez es militar. De pequeño era tonto; cuando decía en la clase de Historia, por ejemplo: "El monte Olimpo se hundió", se le caían los labios y la baba hasta el trasero, y se quedaba conforme. El profesor era un ladino, tenía los ojos pequeños y vivos detrás de las gafas y brillantes como dos ratones en celo.

Espléndidamente terminó Juan Regúlez el bachillerato; sus padres debían estar encantados con él.

Entonces conoció a una chica llamada Caderas. Mientras estudiaba la carrera militar se enamoró de ella.

Sus padres no se oponían, ni muchísimo menos, a estos amores de su hijo. Comprendían que él era un hombre, que le gustaban las mujeres y que tenía que casarse; pero antes tenía que buscarse un porvenir seguro.

Juanito Regúlez empezó a hacer el amor a Caderas Poch.

Caderas Poch y Estupendas, era morena y celosa, y tenía de la vida el concepto de: "y qué se me da a mí"; para ella era un resorte de placer los uniformes militares, casi como el que le pusiesen tres dedos en sus caderas; por eso se enamoró tan intensamente de su novio militar.

Con embeleso le esperaba a que volviese del cuartel.

¡Cuartel militar, cuartel de angustias en que el soldado, oprimido por los oficiales, espera la hora de la solidaridad con sus hermanos los obreros! Según los oficiales: militares—sean soldados o no—contra paisanos.

Los militares son una clase superior, eminentemente lasciva, provocadora, despreciadora de la inteligencia. ¿Qué tienen que ver ellos con los intereses de los obreros?

Pero, según los obreros, esto es muy distinto; los soldados son proletarios; las clases de tropa, clases oprimidas; deben apoyarlos y formar el frente único con ellos; los oficiales son unos señoritos chulos, mamelucos, bebedores de vermuth y presumidos en espejos de desiguales proporciones; y los generales, unas barraganas de los capitalistas, pero aún más brutos que el término medio de ellas.

Claro es que además de todo esto, a Juanito Regúlez se le caía la baba. Espléndidamente bajaba la calle. En su tallo ardían los colores nacionales. Las vecinas le miraban desde las ventanas, y en una terraza estaba asomado Cervantes.

Llamaba a la puerta; le abría su novia. En aquel momento, de todos los pechos femeninos salían ayes entrecortados.

Con marcialidad, un sacerdote sonreía agudamente de raíz desde las celosías de su casa.

3.—La guerra

Juanito Regúlez tenía una idea muy firme del orden y de la disciplina. La organización del Estado debía ser corporativa. Los patronos y los obreros, los accionistas y los banqueros, los ingenieros de una industria determinada debían estar dentro del mismo sindicato o corporación. El fascismo—¡estoy deseando que llegue!—y acerca de esto preparaba un folleto que leerían obligatoriamente los soldados de su compañía, mientras los demás oficiales le obsequiarían con un banquete. Era muy querido de sus compañeros.

Las grandes caderas de su novia también eran partida-

rias del fascismo. ¡El Ejército debía estar siempre sobre todo!

Pero en esto, estalló la guerra.

En una sierra de nuestras posesiones de Marruecos había mucho viento. Una gran piedra que había en una divisoria fué arrastrada sin querer por el aire y cayó con gran estrépito del lado de una potencia enemiga. El huracán siguió, y al día siguiente fué un árbol lo que cayó, desde un valle perteneciente a Francia, a otro que era de Italia. Y la burguesía de ambos países, harta ya de crisis y deseosa de cobrar dividendos, aprovechó este pretexto y se declaró mutuamente la guerra.

Juanito Regúlez fué; murieron centenares de soldados de su compañía. El calor mataba; las balas zumbaban en sus oídos. Juanito Regúlez enfermó de tuberculosis; no tenía dinero para pagarse un sanatorio. Un tumor blanco le salió en una rodilla; otro balazo le saltó un ojo; además, tenía el estómago deshecho de respirar tantos y tantos gases asfixiantes.

Las calenturas gástricas se apoderaron de su vientre en otra ocasión. Una granada de aeroplano le deshizo el colon. Por sus brazos y pecho empezó a salirle un sarpullido de mal agüero.

El resultado fué que murió. La Patria le contemplaba: Cervantes, el Duque de Rivas, Campoamor, Hernán Cortés..., etc.

—¡El rojo vino español!—exclamaba mientras moría, en un arranque de patriotismo. E inmediatamente se le concedió la Laureada.

Mientras tanto, Caderas Poch lloraba copiosamente y sudaba. Su pelo moreno aparecía brillante por la grasa y su cutis de marfil presentaba ligeras eflorescencias. En cuanto a sus agarenos ojos, aparecían terriblemente hinchados y velludos.

Con los disgustos, su cuerpo gitano había adelgazado de tal manera, que ya en vez de Caderas Poch, podía llamarse Ombligo u otra cosa por el estilo.

Todo era desolación en la casa. Unicamente se reían seis o siete banqueros que, apostados en diferentes sitios, observaban gozosamente el espectáculo. Uno estaba escondido en una alacena, otro debajo de una silla, un tercero debajo de una consola y otros en una urna donde estaba colocada la Virgen de la Concepción, Patrona de la "gloriosa" Infantería española. Miraban y miraban el espectáculo, y disimuladamente contemplaban de paso las todavía algo rollizas piernas de Caderas.

El llanto de Caderas se hizo tan abundante como, por ejemplo, una lluvia torrencial en la región del Guadiana, seguida de tormenta y rayos.

Y mientras tanto, los banqueros se daban estrechos abrazos tipo: ¡España. España sobre todas las cosas!

Peter STAVANGER



¡Abajo la guerra!
(Dibujo de L. Brunet. 1914)

Elegía a una fábrica

Ya las nubes pasan sin miedo del humo que agrisaba sus blondas,
ya las chimeneas no saben cómo ni para qué justificarse erectas,
ya está la sirena sin voz ni pu'rones,
ya está la fábrica solitaria entre el suelo y la altura,
ya está entre el polvo y el viento,
ya está bajo la lluvia, la luna y el sol,
soportando el desgaste lento por lenguas de años,
meses,
semanas,
días,
horas,
minutos y segundos que se acumulan y multiplican,
gusanos de su carroña.

Aún tiene impactos de balas en sus muros,
aún tiene huellas de pasquín clandestino,
de sudor,
de cansancio,
de hambre y de angustia.
Tú no lo ves, pero tiene sombras
de vidas exhaustas,
de músculos rotos,
de nervios deshechos,
de hambre y fatigas,
de ira suspensa,
de huelgas triunfantes,
de guardias civiles,
de guardias de asalto,
de sangre vertida.
Ya está en silencio,
con avenidas lisas para ecos ausentes,
en silencio tenso que espera que un grito agudo le pulse,
en silencio impaciente que espera un desgarró de voces,
en silencio denso que estallará en alaridos de máquinas moribundas.

Ahora sus vísceras de acero se pudren,
por sus venas no corren los voltios,
las arañas tejen su tela sin que el ruido la vibre,
los murciélagos anidan sin temor a las luces,
el silencio se escucha a sí mismo,
silencio y sombra generan
más sombra y silencio solemne.
Manos sucias del tiempo,
la soban.
Dientes agudos del tiempo,
la roen.
Aliento negro del tiempo,
la empaña.
Titanes mudos del tiempo,
la hunden.
Molino incesante del tiempo,
la muele...

Cadáver de acero, cemento y piedra,
estrofa elegiaca del fin burgués.

Rodrigo FONSECA

El cine y la propaganda de guerra

¿Habéis visto los films de guerra lanzados por la burguesía? ¿Habéis visto un film tomado en el frente de batalla? En el primero, los soldados son buenos chicos que golpean las caderas de las muchachas "invadidas" y que cuando vuelven al ataque, convertidos en "héroes", aún tienen un ratito para cantar en medio de la "paz" de las trincheras. En el segundo, miserables, con barro, cansados, desechos, van y vuelven cegados, cogidos en la trampa del patriotismo con un miserable, triste dolor humano. Pero esos kilómetros de film se guardan por las autoridades militares, son terriblemente realistas e impresionan los débiles nervios de la burguesía que va al cine, o abre excesivamente los ojos del proletariado que los mira. Durante la guerra Europea, la censura más rigurosa se estableció para las películas. Son documentos vivos y dan miedo con su olor a verdad y a cadáver.

Las casas productoras de films, a raíz del éxito de los libros de guerra, sobre todo "Sin novedad en el frente" y "Cuatro de Infantería", vieron el modo de aumentar sus ingresos comerciando con la memoria de los vivos hacia los muertos. El éxito del primer libro estuvo en su desapasionamiento como beligerante. Por primera vez aparecía un libro alemán con un relato verídico y sin apasionamiento patriótico. Francia se quedó desconcertada al no oírse insultar. Pero en la novela y en la película, la guerra es un mal sin origen y sin fin, sin salida a ninguna solución, sin conclusiones de ningún orden. Lo mismo pasa en "Cuatro de Infantería". Y esos son los más verdaderos y de mayor patriotismo.

Luego viene la producción chauvinista francesa con "Cruces de madera". El film inglés "Alas", "El combate naval de Falkland", "El frente Occidental de 1918", de Pabst, etc. En todos, los que pretenden ser documentos desapasionados y los que buscan subvenciones o premios de la Sociedad de Naciones, como pacifistas, está latente o en primer plano, el heroísmo individual, la aventura, la patria. Los horrores de la guerra, gritados por el cine sonoro, dan una sensación de vacío y de repulsa. ¿Por qué no decir también desde la pantalla dónde está el principio del mal de la guerra y el modo de combatirlo? Pero esto sería llegar al corazón de las casas productoras cinematográficas, a la razón capitalista de su existencia.

Pero ya no son sólo los films de la guerra pasada, hemos empezado a sufrir la acumulación de películas históricas. ¡Qué valientes salimos—y qué fascistas—después de ver los films que nos sirve Hugenberg sobre Federico el Grande, que hablaba muy mal el alemán, pero que es la pupila de los ojos hitlerianos! La Ufa, patriota, alemana, rebosando orden saca uniformes y cruces y hace llorar de emoción histórico-futura a los alemanes nacional-socialistas conscientes.

Y todo esto no se hace a tontas y a locas, no es humo que oculta paja, sino fuego verdadero y auténtico que anuncia, ayudado de los documentales y noticiarios de maniobras bélicas, la propaganda de la futura guerra.—INGA.



Cómo presentan
la guerra
los films
burgueses



Como es en realidad

Por una literatura proletaria

Encuesta

Pregunta.—*¿Qué libro, de cualquier clase de literatura, os ha impresionado más y por qué?*

1.—Respuesta

Antes de nada, un saludo cordial y sincero a la Dirección y administración de OCTUBRE por su orientación perfectamente clasista, que abre de par en par las columnas de tan magnífica revista a la clase obrera, que indiscutiblemente lleva en sí el germen de una sociedad infinitamente más justa que la actual.

Aparte las innumerables obras de literatura burguesa que se han producido, y descontando la impresión de distintos matices que algunas de ellas produjeron en mí, el libro que más profundamente me ha impresionado ha sido "El Estado y la Revolución".

Es necesario decir que con ser esta una de las obras fundamentales de Lenin, acaso su obra maestra, seríamos más justos si dijéramos que es injusto, en cierto modo, escoger esta obra que es solamente un eslabón de la cadena de libros geniales que componen su obra, dirigida al fin concreto y glorioso de liberar totalmente a la clase obrera del mundo entero.

Me impresionó dicha obra de manera viva y real porque me dio a entender, sin falsificaciones de ninguna clase, la posición que Carlos Marx, (constantemente falseado por las teorías de la Segunda Internacional) adoptó frente al Estado capitalista, sacándome del confusiónismo que yo tenía sobre el papel que juegan el Estado y la democracia burguesa frente a los intereses del proletariado.

Camaradas obrecos y campesinos: la revista OCTUBRE no es una revista de minorías. Es una revista para vosotros. Debéis tomar parte en ella, enviándonos vuestras impresiones del campo y de la fábrica, críticas, biografías, artículos de lucha, dibujos. La cultura burguesa agoniza, incapaz de crear nuevos valores. Los únicos herederos legítimos de toda la ciencia, la literatura y el arte que han ido acumulando los siglos, son los obreros y campesinos, la clase trabajadora, que, como dice Carlos Marx, es la que lleva en sí el porvenir.

Porque me dio a entender también, que el marxismo revolucionario considera, de forma terminante, la necesidad que tiene la clase trabajadora de establecer, como etapa transitoria, su propia dictadura de clase hasta llegar a edificar la verdadera sociedad socialista.

Siendo este tema de discusión permanente en nuestros propios medios, no es extraño que me impresionara. Además, la obra citada acabó de deshacer la influencia, perniciosa en extremo, que en mí había ocasionado la literatura burguesa en sus diferentes manifestaciones y sus concepciones embusteras sobre el papel del Estado.

Fué Lenin y toda su obra, una y única, quien hizo despertar mi conciencia de clase, liberándola para siempre de las falsas enseñanzas de los pedagogos y lacayos del capitalismo. ¡Al Maestro del proletariado internacional, que, aunque fatalmente desaparecido, vive en el corazón de millones de trabajadores, dedico estas modestísimas opiniones que tienen el gran defecto de no saber reflejar lo que siente mi corazón de proletario para su labor gigantesca y humana!

Luis ALONSO SENDER

Obrero de la Compañía Madrileña de Tranvías.

Talleres número 272

Madrid, 30 de Junio de 1933.

Seguid enviando vuestras respuestas a nuestra redacción: MARQUES DE URQUIJO, 45.—MADRID.

Una protesta

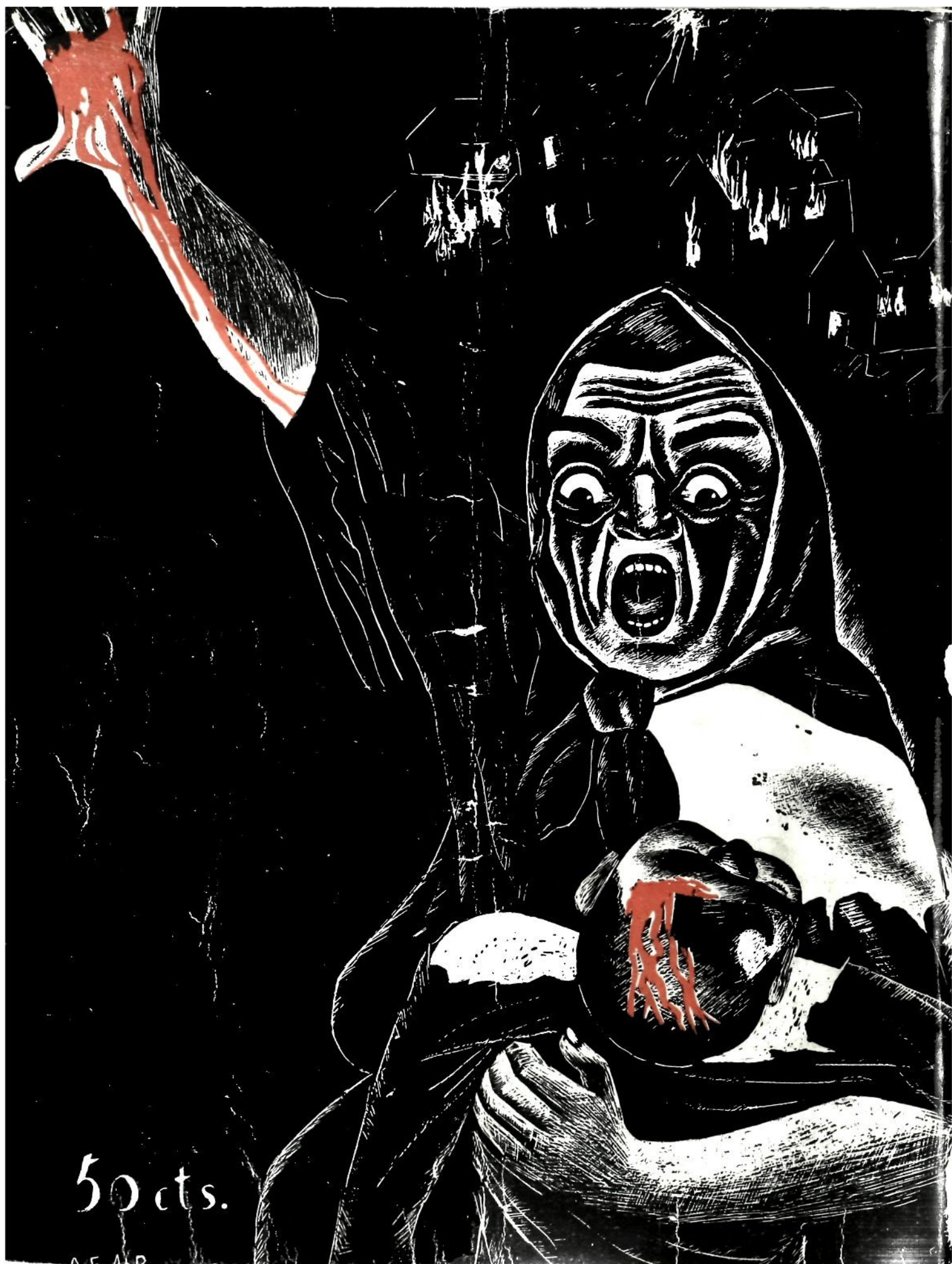
El día 5 de julio se ha clausurado en Barcelona la segunda "Fira del Dibuix". Nuestro camarada A. López-Obrero, había presentado unos dibujos contra la guerra imperialista, que después de ser sistemáticamente rechazados por algunas galerías, fueron admitidos en las tituladas "Laietanas". Pero no obstante esto, dichos dibujos con excepción única, no fueron expuestos sino uno o dos días tan sólo, y desde luego, en el lugar menos visible, saboteando así habilidosamente su valoración artística y la demostración revolucionaria de nuestro camarada.

"L'Associació d'escriptors i d'artistes revolucionaris de Catalunya" y los escritores y artistas revolucionarios de Madrid, aunque no les extrañe el hecho, protestan enérgicamente de este premeditado sabotaje y denuncian su carácter de clase a todos los trabajadores e intelectuales revolucionarios de España. Uno de estos dibujos rechazados es el que reproducimos en nuestra contraportada.

OCTUBRE

Agradece a todos los trabajadores de España la gran acogida que han hecho a su primer número (agotado). En el próximo publicaremos las notas críticas que faltan en este y otras contestaciones a la encuesta.

16	Demostración armada de soldados y trabajadores en Petrogrado, contra el Gobierno provisional, con la consigna: EL PODER PARA LOS SOVIETS	1917
	Nicolás II y su familia son ejecutados	1918
17	El presidente mexicano Obregón, iniciador de la separación de la Iglesia del Estado, es asesinado por un agente de los sacerdotes católicos	1928
18	El Consejo del Vaticano aprueba y promulga el dogma sobre la infalibilidad del Papa	1870
19	Se destroza la oficina de la PRAVDA. La situación de Lenin se hace ilegal	1917
20	Muerte de Dzerjinsky	1926
	Huelga general en Sevilla	1931
21	Clemente XIV suprime la orden de los Jesuitas	1773
	Bebel y Liebknecht hablan en el Reichstag contra la guerra	1870
22	Se forma el tercer gobierno de coalición, encabezado por Kerensky	1917
23	Muerte de Bruno Bauer, autor de notabilísimas críticas sobre el Nuevo Testamento y de estudios sobre el cristianismo	1882
24	Los cruzados destruyen la ciudad hereje de Beziers, Francia	1209
	«Proceso del Mono», en Dayton (EE. UU.), en el que se censura al maestro Scopes por propagar la teoría de Darwin	1925
25	Ejecución de los Decembristas: Pestel, Ryleyev, Mooraviev, Bestujev-romin y Kakhovsky	1826
26	Nace el escritor inglés B. Shaw	1856
27	La Sinagoga excomulga a B. Spinoza por su ateísmo	1650
	Revolución de Julio en París	1835
28	Robespierre es ejecutado	1794
	Nace Luis Feuerbach	1804
29	Primer Congreso Internacional femenino	1920
30	Muerte de Diderot	1784
	Comienza la guerra entre Grecia y Turquía	1922



50 cts.

Ayuntamiento de Madrid